

SECRETARIADO DE LA COMISION EPISCOPAL  
DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES



**Arriesgó su vida por todos**

**Y tú ¿por qué no?**

## **ENTREGÓ SU VIDA EN RESCATE POR TODOS**

Aproximación al servicio de los sacerdotes  
en la Iglesia y en el mundo de hoy

SECRETARIADO DE LA COMISION EPISCOPAL  
DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES

INDICE

PRESENTACION

Aproximación al mundo de hoy	7
1. El que se entregó	8
2. Jesús, el Promotor	13
Las huellas de su obediencia	18
Las huellas de su amor	21
Las huellas de su entrega	24
Las huellas de su pasión	28
Ellos le entregaron	29
El Padre le entregó	29
El mismo se entregó	32
El mundo le entregó	37
Y la Iglesia le entregó	37

**ENTREGÓ SU VIDA  
EN RESCATE POR TODOS**

**Aproximación al servicio de los sacerdotes  
en la Iglesia y en el mundo de hoy**

Editor: Editorial EDICE  
Vía de los Poblados, 15  
Apartado de Correos 4.000 - MADRID 33 (T) 36.31.31  
Depósito Legal: M. 4163-1982

Impreso: Oficina Gráfica "El Canto V" TORREÓN DE ARBOL (Madrid)  
Telf.: 612 14 33 - 612 15 98

SECRETARÍADO DE LA COMISIÓN ESPAÑOLA  
DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES

ENTREGA SU VIDA  
EN RESCATE POR TODOS

Apresentación al lector de los artículos  
en la Iglesia y en el mundo de hoy

Edita: Editorial EDICE  
Vía de los Poblados, 15  
Apartado de Correos 47090 - MADRID-33  
Depósito Legal: M. 4303-1983

Imprime: Gráficas Caribe, c/ Caucho 9.  
Telfs.: 675 14 33 - 675 17 98 - TORREJON DE ARDOZ (Madrid)

## INDICE

	<u>Pág.</u>
PRESENTACION .....	5
Aproximación al servicio de los sacerdotes en la Iglesia y en el mundo de hoy .....	7
<b>1. El que quiera ganar su vida, la perderá .....</b>	<b>8</b>
<b>2. Jesús, el Primogénito entregado como siervo .....</b>	<b>13</b>
Las huellas de su obediencia .....	13
Las huellas de su encarnación .....	15
Las huellas de su servicio .....	18
Las huellas de su pascua .....	24
Ellos le entregaron .....	24
El Padre le entregó .....	25
El mismo se entregó a sí mismo .....	26
Inclinando la cabeza, entregó el Espíritu .....	27
Y a la cabecera de la mesa les partió el pan .....	29
<b>3. Hermanos, encargados de compartir la entrega del Primogénito .....</b>	<b>33</b>
Los apóstoles transparencia de Cristo Primogénito .....	33
Hermanos que compartan la entrega de su obediencia .....	36
Hermanos que compartan la entrega de su encarnación .....	41
Hermanos que compartan la entrega de su servicio .....	46

Los apóstoles se entregan con el Primogénito para hermanar a todos . . . . .	46
Los apóstoles se entregan con el Primogénito para hermanar a todos, empezando por los pequeños . . . . .	50
Los apóstoles se entregan con el Primogénito para hermanar a todos, empezando por los pequeños, preparando la mesa compartida. . . . .	53
Hermanos, que compartan la entrega de su pascua . . . . .	58
El Padre les entregará. . . . .	59
Los hermanos les entregarán . . . . .	60
Ellos mismos se entregarán a sí mismos . . . . .	62
<b>4. Jesús, el Señor, sigue hoy llamando a los hermanos . . . . .</b>	<b>65</b>

INDICE

7	Aproximación al servicio de los sacerdotes en la Iglesia y en el mundo de hoy . . . . .
8	1. El que quiera ganar su vida, la pierda . . . . .
13	2. Jesús, el Primogénito entregado como siervo . . . . .
13	Las huellas de su obediencia . . . . .
15	Las huellas de su encarnación . . . . .
18	Las huellas de su servicio . . . . .
24	Las huellas de su pascua . . . . .
24	Ellos le entregaron . . . . .
25	El Padre le entregó . . . . .
26	El mismo se entregó a sí mismo . . . . .
27	Inclinando la cabeza, entregó el Espíritu . . . . .
29	Y a la cabeza de la mesa les pidió el pan . . . . .
33	3. Hermanos, encargados de compartir la entrega del Primogénito . . . . .
33	Los apóstoles representantes de Cristo Primogénito . . . . .
36	Hermanos que compartan la entrega de su obediencia . . . . .
41	Hermanos que compartan la entrega de su encarnación . . . . .
46	Hermanos que compartan la entrega de su servicio . . . . .

ENTREGÓ SU VIDA EN RESCATE POR TODOS

El tiempo que aquí se presenta es un desarrollo más detenido con la intención de que pudiera servir a los pastores y a otros miembros de las comunidades cristianas, para una reflexión desde la fe sobre el Señor y la entrega de su vida, sobre el ministerio presbiteral en continuidad con las mismas huellas de Jesús; y poder así presentar después, no sólo con la palabra sino también con el testimonio de vida, la vocación sacerdotal. Y al mismo tiempo, al menos sobre la vocación sacerdotal.

Y esta es su escueta explicación.

\*\*\*

El tiempo que aquí se presenta es un desarrollo más detenido con la intención de que pudiera servir a los pastores y a otros miembros de las comunidades cristianas, para una reflexión desde la fe sobre el Señor y la entrega de su vida, sobre el ministerio presbiteral en continuidad con las mismas huellas de Jesús; y poder así presentar después, no sólo con la palabra sino también con el testimonio de vida, la vocación sacerdotal. Y al mismo tiempo, al menos sobre la vocación sacerdotal.

## PRESENTACION

La Campaña y Día del Seminario de 1983 se coloca cronológicamente entre dos signos, que al mismo tiempo son llamadas, en nuestra presente historia: la visita apostólica del Papa Juan Pablo II a la Iglesia en España y el "Año Santo de la Redención" que, desde tan sólo unos días después de la festividad de San José (en la que la mayoría de las diócesis españolas celebran el día del Seminario), se extenderá hasta la Pascua de Resurrección de 1984.

El lema para la Campaña y Día no podía ignorar estas dos realidades de la Iglesia en España y de la Iglesia universal; debía pues reasumirlas desde los objetivos pastorales de promoción de conciencia comunitaria y responsabilidad eclesial respecto a las vocaciones al sacerdocio ministerial y a los ministerios, y de crecimiento en el compromiso de cada Iglesia particular con su Seminario Diocesano.

Por eso, después de una elaboración compartida sobre la temática y el lema entre los Delegados Diocesanos de Pastoral Vocacional junto con religiosos y religiosas y algún seglar que trabajan en los centros diocesanos, la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades aprobó el siguiente lema:

*"Arriesgó su vida por todos. Y tú ¿por qué no?"*

El Papa Juan Pablo II emplea la frase, que dio origen a este lema, en su mensaje a los seminaristas españoles entregado por él mismo al Presidente de la Conferencia Episcopal Española, acompañado de dos seminaristas mayores, al final de la ordenación sacerdotal del paseo de la Alameda de Valencia: *"Arriesgarlo todo para seguir a Cristo"* (Mensaje, n.º 4), traducción juvenil de *"Entregar la vida"* de tan profunda raíz neotestamentaria que engarza con *"en rescate por todos"*. (Cfr., Mc. 10,45, 1ª Tim. 2,6. . .).

Pareció que no sólo era necesario que aflorara este contenido bíblico y teológico-catequético en el mismo lema, sino también y a la vez una invitación, un poco rasgada, dirigida a los jóvenes.

Y esta es su escueta explicación.

\* \* \*

El trabajo que aquí se presenta es un desarrollo más detenido con la intención de que pudiera servir a los presbíteros y a otros miembros de las comunidades cristianas, para una reflexión desde la fe, sobre el Señor y la entrega de su vida, sobre el ministerio presbiteral en continuidad con las mismas huellas de Jesús; y poder así presentar después, no sólo con la palabra sino también con el testimonio de vida, la pro-vocación a los hermanos sobre la vocación sacerdotal. Y, al mismo tiempo que pudiera servir al ahondamiento de lo que significa la Redención de Jesús.

Tiene cuatro núcleos: uno inicial, que parte del "ganar-perder" en el arriesgar la vida por Jesús y por todos, anunciado por el mismo Señor y recogido por toda la tradición neotestamentaria. Otro, más amplio, que conmemora a Jesús, el Primogénito entregado como siervo, sobre el que se estructura el tercero, que trata de apuntar la reproducción de "sus rasgos" en los apóstoles y en aquellos apóstoles que son presbíteros. Y, por último, el recuerdo de la permanente e ininterrumpida vocación del Señor, que sigue llamando a los hermanos.

El camino que se ha seguido para llegar a ofrecer este trabajo ha sido el siguiente: desde el Magisterio del Papa Juan Pablo II, particularmente en su visita pastoral a nosotros, y, especialmente en los textos dirigidos a sacerdotes y seminaristas, llegar al Concilio Vaticano II y, así, al mismo Evangelio. No como "pasos" sucesivos, sino como una única perspectiva que enhebra de una vez toda esa gracia.

Al grupo de hermanos que, de un modo o de otro, han trabajado para poder ofrecer esta "aproximación", el Secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades les expresa aquí acción de gracias.

## ENTREGO SU VIDA EN RESCATE POR TODOS

### **Aproximación al servicio de los sacerdotes en la Iglesia y en el mundo de hoy.**

Para descifrar el don y el servicio del sacerdote, hemos de poner los ojos en Jesús, el Señor. Él va delante de nosotros, reuniendo la familia de hermanos y preparando la mesa compartida del reino del Padre, donde se sienten todos y los últimos ocupen el primer lugar. Los sacerdotes son los apóstoles, que de su mano van caminando tras él, como la transparencia de su rostro, compartiendo con él su misma misión. Por eso el don y el servicio del sacerdote solo se descifran desde el misterio de Jesús, el Señor, encabezando su iglesia, peregrina hacia el Reino.

El camino que hace el Señor viene desde lejos. Él continúa avanzando hoy las huellas de ayer. Por los caminos del mundo caminó cumpliendo el encargo del Padre de reunir su familia en su casa común. Este camino se adentró y se consumió en la Pascua, pero atravesó después la pascua, y avanza hoy por los caminos de este mundo nuestro, hasta que él vuelva. El camino suyo de ayer, se continúa en su camino de hoy, porque es él mismo, el que lo abre con sus huellas y el que lo es con su presencia. Pero cada hora encierra una novedad, la novedad de su amor, que acoge y se entrega a la humanidad, peregrina en el universo en cada instante de la historia. El "ahora" de la plenitud de los tiempos se actualiza en su novedad siempre nuevas. Por eso si los apóstoles son los hermanos, tomados de la mano para transparentar su presencia, entonces, su caminar por él, con él, y en él, ha de hacerse en la fidelidad y en la creatividad. El Señor encabeza hoy la iglesia hacia el Reino, siguiendo las huellas de ayer en un hoy nuevo e inédito. Los apóstoles, por caminar sobre las mismas huellas, han de permanecer en la fidelidad; pero por caminar sobre las mismas huellas en una historia nueva, han de avanzar en la creatividad.

## 1.— El que quiera ganar su vida, la perderá

¡Que alegría la nuestra al verle delante de nosotros! Su rostro, el mismo de ayer irradiando hoy; sus manos, las mismas de ayer, alentándonos hoy; sus huellas, las mismas de ayer, encaminándonos hoy. Por eso nosotros podemos ver desde su mirada, su camino de ayer con los apóstoles de la primera hora y podemos también ver desde su mirada su camino de hoy, con nosotros, los apóstoles de esta última hora. En su luz, vemos la luz. Desde ella se ilumina la tierra y el pueblo de entonces, por donde él hizo camino, compartiendo con sus apóstoles el encargo y la misión. Nosotros podemos incorporararnos a la perspectiva de su mirada y al latido de sus entrañas. Y así, poder pasar después al hoy, mirando y sintiendo desde él, este mundo y esta iglesia por donde él mismo avanza ahora, llevándonos a nosotros de la mano. Esta mirada entrañable del camino de ayer, que nos adentra en el camino de hoy y nos abre el camino de mañana, es su misma mirada, compartida a nosotros en el fuego del Espíritu. El amor se desborda en el conocimiento, porque el Espíritu es sabiduría y revelación, que alumbra los ojos de nuestro corazón ( Fil. 1.9; Ef. 1.17s).

20 *“Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, anunciando el evangelio del Reino... Y viendo a la gentes, se le conmovieron las entrañas, porque estaban despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor”* (Mat. 9.37) El Hijo amado del Padre, lleno de ternura y de fidelidad, hace camino con el encargo de reunir a todos los hijos, dispersos por el mundo, en la mesa compartida del Reino. Contempla y siente desde su misericordia entrañable. Su mirada, es la mirada de su amor. Por eso alcanza a descubrir y a sentir su esclavitud en toda su hondura.

21 En una primera mirada descubre sus cadenas de fuera. Los ve como esclavos encadenados para el combate de “ganarse la vida”. Por una parte ve a los grandes, que son los ricos, los poderosos y los sabios. Son los nobles, los sacerdotes y los letrados, que tienen en sus manos la riqueza, el poder y la cultura. Por otra parte ve a los pequeños, que son los pobres, los débiles y los ignorantes. Son los pequeños campesinos, los jornaleros y los esclavos, que no tienen ni pan, ni voz, ni estudios. Más abajo todavía, los últimos, los que están del todo al margen, los enfermos, los inválidos, los vagabundos, los mendigos. Es lo más bajo, lo despreciable, lo que no cuenta, lo que no es.

22 Al ver esta situación, Jesús dijo a sus apóstoles: *“Ya sabéis que los que parecen ejercer el poder sobre los pueblos, los dominan, y sus grandes, los oprimen”* (Mc. 10.42). Los grandes, aunque se les suele llamar *“bienechores”* (Lc. 22.25), son dueños y opresores. Por debajo, dominados y oprimidos, están los pequeños, que están *“cansados y agobiados”* (Mt. 11.28), porque están *“despojados”, “abatidos”, y “descarriados”* (Mt. 9.36). No es extraño, pues, que en esta tierra así encadenada, los hombres se en-

frenten en un duro combate para salvar su vida. Los pequeños estarán dispuestos también a agarrar a los poderosos, a insultarlos, a golpearlos e incluso, a matarlos (Mc. 12.1-7).

Jesús ve con sus propios ojos, que esta guerra o el muro de división, convertido en trinchera, se ha hecho cada vez más dura y destructora. La población ha crecido, la propiedad se ha concentrado, los impuestos se han aumentado y el hambre y la miseria se han ensanchado. La lucha por la liberación se hace sobre todo en dos frentes. Por una parte, la lucha por el poder del bloque dominante, que está sostenida y alentada por los letrados fariseos. Se trata ciertamente de una violencia institucionalizada. La mano de hierro del imperio romano se prolonga en el gobierno autónomo de la administración del sanedrín. Por otra parte, está la lucha por el poder del bloque dominado, sostenida y alentada por los guerrilleros celotes. Su lucha armada es la violencia subversiva, que pretende alcanzar para el pueblo de los pobres, la libertad y la justicia.

Este combate por "ganar la vida", está hecho por ambas partes, en nombre de la alianza del Señor. Por ambas partes se invoca "su justicia", que es "su misericordia entrañable". La violencia establecida dice que pretende imponer por el poder, la justicia de la "ley del Señor"; la violencia subversiva dice que pretende imponer por el poder, la justicia de la "liberación del Señor". Pero, *"desconociendo la justicia de Dios y pretendiendo afirmar la suya propia, no se sometieron, en obediencia, a la justicia de Dios"* (Rom. 10.3). En este combate, cada grupo ha puesto en primer lugar sus intereses históricos y después ha tomado la alianza, para legitimarlos, legitimando así la toma del poder, más aún, asegurando que la alianza se cumple precisamente con la toma del poder. Pero en el fondo, todos querían ganar su vida. Por una parte, los sacerdotes van a lo suyo desde el culto, los letrados van a lo suyo desde la observancia; por otra, los guerrilleros van a lo suyo desde la militancia, y hasta el mismo pueblo, va a lo suyo desde el sometimiento. Parece que bajo formas distintas, la imposición, la subversión y la sumisión, se esconde la misma pretensión: Apoderarse de la propia vida, pretensión que responde a su vez al encadenamiento de la tierra, de la esclavitud, cuyas cadenas despojan y oprimen a todos, a unos en el puesto de los opresores, a otros en el puesto de los oprimidos, a otros por fin, en el último de los últimos lugares, el lugar de los marginados y destrozados.

Pero Jesús, desde su misericordia entrañable, descubre la última hondura de la esclavitud. En una nueva mirada descubre las cadenas de dentro. Si los hermanos son esclavos, encadenados para el combate de "ganarse la vida", en un mundo donde el apoderamiento y la dominación es la forma de existencia, es porque previamente ellos mismos han construido así este mundo. Las cadenas de fuera han nacido de las cadenas de dentro. Los hermanos se han esclavizado a sí mismos y han esclavizado

a los demás. Por ello han construido la tierra de la esclavitud, de la que ahora ellos mismos son víctimas, condenadas a muerte. El "combate de ganar la vida" ha nacido de la "pretensión de ganar la vida". Y el costo de esta pretensión es la esclavitud, que se fragua en las entrañas de los hermanos y se extiende después a la humanidad y al universo entero.

Los hermanos han sido creados como gracia. El Padre los ha creado a su imagen y semejanza (Gen. 1.26). Esta imagen, según la cual configuró el ser de los hombres, es un diseño de la imagen del Hijo amado (Col. 3.10). Efectivamente, *"todo fué hecho por él y para él. El es antes que todo y todo tiene en él su consistencia"* (Col. 1.16s). El rasgo de este diseño es la libertad, capacidad de dominar, porque es capacidad de dominarse para darse en las religaciones, en que el hombre ha sido constituido, en la familia humana, en la casa del universo, en la senda de la historia. Los hermanos son por tanto, gracia, un don para darse, en obediencia de servicio, para alabanza de gloria. La gracia por ser capacidad de darse, es en cierto modo un absoluto, pues es origen de la existencia, como don. Pero un absoluto, que sólo lo es en verdad en su absoluta relationalidad. Los hermanos creados en las manos del Padre, que son las de su Hijo, son libertad, para entregarse a los otros hermanos en servicio y así, construir todos juntos la casa común, donde se comparta sirviendo.

Los hombres son gracia, es decir libertad para la fraternidad en la senda hacia el hogar común. Pero por ser capacidad de darse pueden también cerrarse y negarse. Al ser un absoluto relativo, que se es, teniendo su propia vida, tiene la propensión a desligarse, pretendiendo ser él mismo, por sí mismo y para sí mismo. De gracia creada, pretende convertirse en gracia apropiada en las propias manos, una gracia que ha pasado a existirse solamente desde sus propias manos y para sus propias manos. Así la aventura humana, a los pocos instantes de iniciarse, aparece como la aventura de "ganar la vida". Los hombres, pretenden adueñarse de su vida, para que sea suya propia enteramente. Pretenden apropiarse su vida. Pero como es una vida religada y extrovertida, como es una vida para ser regalada, entonces "apropiarse su vida" supone la pretensión de tenerla para sí, sin que sea de nadie más. Y para afianzar más la posesión "asegurar la vida", mantener en seguridad la propiedad privada de su propio ser. La gracia se ha clausurado. De gracia, provocada a darse, ha pasado a ser propiedad afianzada en el apoderarse. Los hombres han querido "salvar" y "ganar" su vida (Mt. 16.25).

La pretensión de ganar la vida para sí, es una ruptura con la misericordia entrañable del Padre, que había creado al hombre como gracia. Es la idolatría, la divinización de sí mismo. Esta divinización le hace creer al hombre que puede existir sólo para sí mismo. Pero la ruptura del amor del Padre en la desobediencia, le convierte en esclavo (Jn. 8.34). Ahora bien, se trata de un esclavo, que sólo puede existir esclavizando a otros.

Si pretende ser dueño, siendo esclavo, su dominio sólo puede mantenerse si rompe la religación con los otros y los toma en explotación y dominio. La idolatría lleva consigo la ambición, y la ambición conduce al despojo y a la opresión (Mt. 7.21s). En esta disputa de los esclavos, todos están cerrados en la esclavitud de pretender ganar su vida. Pero hay unos esclavos, que lo son más que otros. Hay esclavos que son más opresores, hay otros que son más oprimidos, y por fin, hay otros que están enteramente despojados y abatidos.

Ante la mirada penetrante de Jesús se descubre toda la hondura y la anchura de la esclavitud. De las cadenas de dentro, de "la pretensión de ganarse la vida", se han forjado las cadenas de fuera, las cadenas que encadenan la tierra y obligan al "combate por ganarse la vida". El pecado ha entrado en el mundo (Rom. 5.12). La idolatría y la opresión no se pueden mantener tan sólo en las manos poderosas y a la vez endeble de los hombres. Los hombres para mantenerse en la divinización y en la ambición, construyen un mundo donde sean posibles. Transfieren a esta construcción su propio poder y la divinizan en la figura de sus ídolos, que les consienten la ambición y la opresión. El mundo así, se convierte en el señorío del poder humano demonizado. A Satanás le han entregado los hombres mismos el poder y la gloria (Lc. 4.5). Así se construye el muro de la separación, la barrera de la división socioeconómica, sociopolítica y sociocultural. Divinizado el dinero, el poder y el saber, el Dios de este mundo, divide y enfrenta a los hombres. En los surcos de su existencia siembra la "seducción de la riqueza" (Mt. 13.22), zarzas que ahogan la gracia en "la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida" (1 Jn. 2.15). La esclavitud nacida de las entrañas de los hombres, ha forjado la esclavitud de las estructuras del mundo, y ésta, a su vez, provoca y seduce a los hombres a la esclavitud.

Jesús camina por las sendas de los hermanos, esclavos en la tierra de la esclavitud. Y se le conmueven las entrañas porque les ve avanzar hacia el callejón sin salida de la muerte. "Si alguno quiere ganar su vida la perderá" (Mt. 16.25). Eso es precisamente lo que les pasa a los hermanos: pretenden ganar su vida, y se precipitan en el abismo de su muerte. De una parte de la trinchera, la lucha por el poder de los grandes, mediante la violencia establecida. Pretenden imponer el orden en el camino, para que se salven sus intereses. Esto sólo puede hacerse, manteniendo la dominación de los dueños sobre los esclavos. No amanece así la libertad para la fraternidad. De otra parte de la trinchera, la lucha por el poder, de los pequeños, mediante la violencia revolucionaria. Pretenden sub-vertir el orden del camino, para lograr alcanzar sus intereses, de los que se encuentran despojados. Esto sólo podrá conseguirse, si se impone la dominación de los esclavos sobre los dueños. Tampoco así amanece la libertad para la fraternidad. Es que la raíz es más honda todavía. Si el mundo es un combate por ganar la vida, es porque todos los hombres son una pretensión

de ganar su vida. En el corazón de los hombres se encierra el pecado, la idolatría convertida en opresión. Por eso más abajo de la trinchera, en las mismas raíces de la historia, se esconde la hondura de la esclavitud. La gracia se ha esclavizado y al esclavizarse se precipita en la muerte. Unos y otros quieren ganarse la vida a costa de los demás, mediante la dominación, que conduce al despojo y a la destrucción.

Jesús ve que la casa que el Padre construyó a través de sus manos, para que viviera y caminara en ella su familia, se ha convertido en un campo de guerra. Y en ella ve a esta familia, que también fué creada entre sus manos, dividida y enfrentada. Los pequeños aparecen tirados en los márgenes. Y el dolor y la muerte florecen en la historia amenazándola con su última anulación. En sus entrañas resuenan los gritos de los hermanos y los de la casa común. Son gritos que gimen por la redención. Unos gritos nacen de la esclavitud, que encadena la gracia. Son los gritos que cada hombre y cada grupo de hombres, grita por "su redención" al pretender "ganar su vida", consiguiendo sus intereses. Estos gritos penúltimos son gritos con las manos cerradas, que pretenden apoderarse del camino para establecer el orden de la marcha según el proyecto histórico de cada grupo, en orden a apropiarse la vida de la que han sido expropiados. Se trata de adueñarse de ella, de ganarla y asegurarla, para el camino del futuro. Pero hay otros gritos, que nacen de la gracia, que se mantiene en la raíz aunque esté hondamente encadenada. Son los gritos que gimen por "la redención del Señor", la liberación de su alianza, de su misericordia entrañable. Estos gritos últimos son gritos con las manos desnudas y abiertas, que se ofrecen a la gracia para que se consume su liberación, desde sus últimas raíces hasta sus últimas fronteras. Sólo la gracia del Señor puede redimir y recrear la gracia que es el hombre, y que ahora está esclavizada y enajenada. En el campo de guerra se unen unos gritos mezclados con otros, a veces unos gritos en otros. En los gritos por "su redención" gritan los hombres aún sin saberlo por la "redención". Pero los pobres del Señor extienden las manos para gritar exclusivamente este último grito, esperándolo todo y sólo de El. Al caminar por nuestras sendas Jesús ha visto nuestras cadenas y ha sentido nuestros gritos. Por eso, desde su amor, se le conmovieron las entrañas (Mt. 9,37).

## 2.— Jesús, el Primogénito entregado como siervo.

Cuando los primeros apóstoles hacían camino con Jesús, fueron descubriendo cada vez con más hondura la claridad de su rostro. El era el Hijo amado del Padre. Lo que veían con sus ojos y oían con sus oídos y palpaban con sus manos y pisaban con sus pies, eran las huellas del Hijo único, lleno de ternura y de fidelidad (Jn. 1.14). *“Pues a Dios no le ha visto nadie, pero el Hijo unigénito que está vuelto a las entrañas del Padre, ése, nos lo ha dado a conocer”* (Jn. 1.18).

Es una imagen que muchas veces han visto nuestros ojos. Un padre que abraza contra sus entrañas a su hijo pequeño y lo entraña en su pecho, en la última comunión de amor, que les hace ser uno. Esta imagen es un lejano resplandor, tal vez de todas formas el más próximo, que nos aproxima al origen mismo de Jesús. El Padre ama al Hijo y lo engendra en su Amor y le entrega todo su Amor en sus manos (Jn. 3.35; 5.20; 13.3). Y el Hijo ama al Padre y se entrega a él, con todo el Amor que de él ha recibido, pasando a sus manos. En la unidad del Amor, en el abrazo común, que es el Espíritu, las entrañas de la gracia, de la ternura y de la fidelidad.

### Las huellas de su obediencia

**El Hijo unigénito, engendrado del Padre en la unidad del Espíritu, es el mismo rostro del Padre.** *“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Jn. 14.9). La fuerza irradiante de la ternura del Padre aparece en el rostro del Hijo, que es su *“imagen”* (2 Cor. 4.4), *“el resplandor de su gloria, la marca de su ser”* (Heb. 1.3). Pero el Hijo unigénito es además **la misma palabra del Padre.** La Palabra que estaba junto a él, la Palabra que él mismo era, en la que el Padre mismo se expresaba por entero (Jn. 1.1; 1 Jn. 1.1.2), como un padre se dice y se da por entero en el ser de su hijo. El Hijo unigénito que es el rostro y la palabra es también **los mismos brazos del Padre**, pues el Padre le abraza con todo su Amor, de modo que ya sólo abrazará por medio de sus manos (Lc. 15.20), en las que aparecerá exhaustivamente toda su acogida. Por eso el Hijo unigénito es **las mismas entrañas del Padre**, sus entrañas de misericordia y de fidelidad, la plenitud total de su gracia (Jn. 1.14.16), pues el Hijo vuelto al seno del Padre, desde su seno existe y se entrega.

**Pero este Hijo unigénito es el Hijo primogénito.** *“Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesús Cristo, que nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo. . . eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesús Cristo, para alabanza de gloria de su gracia, con la que nos agradó en el amado. . . Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano para realizarlo en la plenitud de los tiempos: Hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo*

que está en la tierra" (Ef. 1.3-10). En el abrazo entrañable de Amor del Padre y del Hijo, está incorporada la familia de hermanos en la casa común. El Padre se propuso abrazar con este mismo abrazo de Amor a una muchedumbre de hermanos configurados con su Hijo e incorporados a él, para que en él, y desde él, vuelvan también a sus entrañas en la unidad del Espíritu (Rom. 8.29). Y para esta inmensa familia de hermanos encabezada por el Unigénito, ha querido crear por él y en él, configurándola con él, la casa común de los cielos y la tierra, que él había también de encabezar, para hacerla retornar a la alabanza de gloria del Padre (Col. 1. 15-17; Heb. 1.2-3). **Así el Hijo unigénito es desde su mismo origen el Hijo primogénito, el hermano mayor, "el primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8.29), "el primogénito de toda la creación" (Col. 1.15).**

El Padre, por manos del Primogénito, en la fuerza del Espíritu creó la casa común de los cielos y la tierra y puso en ella la familia de los hombres, que habían de llegar a ser sus hijos. Pero la familia humana ha roto el amor. Los hombres han roto el amor del Padre en la desobediencia, y el amor de los hermanos en la ambición. Han pretendido ser como el Padre, arrebatar su gloria, ser absoluta gracia, apoderándose de su propio ser, siéndolo por ellos mismos y para ellos mismos, despojando a los otros hermanos y sobreponiéndose a ellos. Empezaron pronto a ser esclavos en la tierra de la esclavitud que ellos mismos construyeron. Y el universo y la humanidad entera empezaron a gritar los gemidos por su redención. *"Gimiendo bajo la servidumbre gritaron y su grito que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios. Oyó Dios sus gemidos y se acordó de su alianza" (Ex. 2.23-24). "He visto la aflicción". . . "He escuchado su grito" (Ex. 3.7).*

El Padre había abrazado a su Hijo mayor con el amor del Espíritu, para que el Hijo mayor amara a los pequeños con el mismo amor del Espíritu (Jn. 17.3). El Padre se los dió a El, para que él les diera este mismo Aliento de su amor común (Jn. 17.23). Pero ahora son esclavos en la tierra de la servidumbre. Están gritando a voz en grito por la libertad para la fraternidad. Entonces el Hijo mayor escucha la invitación del Padre. *"¿A quién enviaré y quién irá de nuestra parte?. Y yo le dije: "Heme aquí, envíame a mí" (Is. 6.8). "Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo estoy, estén también ellos conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo" (Jn. 17.24). El Padre le encarga arrancar las cadenas a los hermanos, redimirlos, para reunirnos en una sola familia en torno a la mesa de su amor. Y el Hijo mayor responde en la obediencia absoluta. "Aquí estoy... Aquí vengo para hacer tu voluntad" (Heb. 10.5-7). Padre, yo por ellos me entrego a tu amor, yo por ellos me ofrezco como víctima, para que ellos sean consagrados en tu amor y en tu fidelidad (cf. Jn. 17.19).*

Esta absoluta entrega al amor del Padre por los hermanos y por el universo, en la obediencia fiel y exhaustiva, hace que el Hijo del amor

aparezca enteramente como Primogénito, como Hermano mayor siendo el mismo rostro, la misma palabra, los mismos brazos y las mismas entrañas del Padre. El Hijo en absoluta obediencia, será la absoluta aparición de la gracia, de la misericordia entrañable, de la ternura y de la fidelidad. ¿Pero cómo puede aparecer el Primogénito entre los hermanos pequeños, que son esclavos y esclavizan?. ¿Cómo puede caminar con ellos, liberándolos y reuniéndolos en familia hacia la casa del Padre?. El Primogénito, que *"existía en la forma de Dios"*, tomará *"la forma de esclavo"* (Fil. 2.6-7). El Primogénito será entregado y se entregará como siervo.

### Las huellas de su encarnación

Para dar a los hermanos pequeños el mismo abrazo de amor, que el Padre le había dado a él, tenía que bajar, despojarse y vaciarse. El Primogénito estaba en las entrañas del Padre, acogido en su gloria. Y los pequeños estaban en la tierra de la servidumbre, atados con cadenas por dentro y por fuera. El aliento del Amor es un peso que hace gravitar hacia la cercanía, la comunión y la identificación con los que se ama.

**Descendió.** Bajó desde más arriba de los grandes, desde el seno del Padre hasta más abajo de los pequeños, para poner su tienda en el último de los últimos lugares y desde allí emprender la marcha del éxodo. A Palestina, a Galilea, a Nazaret, a las entrañas de María, la pobre del Señor. Ella atravesó el pueblo y pasó a las afueras, y luego marchó al campo, a las chozas de los pastores. Y bajó todavía más abajo, a los agujeros de las peñas donde se refugiaban los animales. (Lc. 2.1-20).

Se incorporó a la fila de los hermanos pequeños, una fila llena de luces y de sombras, con sus nombres y sus apellidos (Mt. 1.1-16; Lc. 3.23-38). Los hermanos comulgan en la misma carne y en la misma sangre. Por eso él comulgó en las nuestras (Heb. 2.14) y así, se dejó encontrar como un hombre cualquiera (Fil. 2.7). Incorporado a la fila de los hermanos, descendió a las partes más bajas de la tierra, al último lugar. *"Dió a luz a su hijo primogénito y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre"* (Lc. 2.7; 2.16).

Descendió tan abajo para ser el hermano mayor de todos. Si hubiera nacido en las moradas de los magos, los pastores no se habrían acercado a él, con libre y entera confianza. Si hubiera nacido en las chozas de los pastores, los leprosos y los vagabundos, no habrían tenido un acceso franco y confiado hacia él. Pero situado en el último lugar, que nadie le puede arrancar, todos, los grandes y los pequeños, los magos (Mt. 2.1-12) y los pastores (Lc. 2.8-20), pudieran acogerse a su gracia, con tal que salieran de sus caminos para reemprender el nuevo éxodo, que se inicia con su descenso.

El Primogénito "puso su choza" entre nosotros (Jn. 1.4). En la tierra que se había convertido en destierro. Efectivamente, el mundo fué hecho

por él. Todo lo que fué hecho era vida en él, era luz en él. Pero la humanidad, que construye y protagoniza el universo, se cerró a su amor y la tierra, que era la casa común, se convirtió en cárcel de destierro. Por eso cuando vino a su casa, y se acercó a los suyos, los suyos no le conocieron (cf. Jn. 1.3-12). No obstante en medio de la noche plantó allí su tienda, para reemprender la marcha de la liberación y de la fraternidad, con todos los que le recibieran. El Hijo del amor bajó tan abajo, que el que había de ser el libertador parecía un esclavo desterrado. (Mt. 2.13-15).

**Se despojó.** El Primogénito abajado no podía inhabitar la choza de los pobres esclavos y continuar siendo rico. Por eso allí mismo sucedió el asombroso intercambio. En las entrañas del Padre extendió hacia él las manos y le dijo: *"Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío"* (Jn. 17.10). Ahora en la tienda del encuentro, extiende las manos a los hermanos y con el mismo aliento del Amor les dice: *"Todo lo mío es vuestro y lo vuestro es mío"*.

Pero, ¿qué tenían los hermanos, como más propiamente suyo?. Ellos eran gracia, manos abiertas para darse. Pero intentaron apropiarse, ganarse y asegurarse su vida. Entonces cerraron las manos para apuñalar la riqueza, el poder y el saber. Creían que el que más tiene, más puede y el que más puede, más sabe; y el que más tiene y puede y sabe, más vive y más disfruta. Resultó después, que al mirarse con las manos cerradas habían perdido la vida. Lo que quedaba entre sus manos era despojo, debilidad y necesidad.

El Primogénito arrastrado por la ternura y la fidelidad extendió sus manos para el intercambio. *"Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesús Cristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para enriquecernos con su pobreza"* (2 Cor. 8.9). Los pequeños entendían que ser, es serse; el Primogénito desde sus entrañas de misericordia era dándose, ofreciéndose. Por eso les daba lo que él tenía y recibía a cambio lo que los pequeños tenían.

Nos dió su riqueza, la riqueza de su misericordia a cambio del despojo de nuestra pobreza, para que en el intercambio su gracia apareciera como vida que se pierde, que se renuncia. Nos dió su poder, la fuerza de su misericordia a cambio de la debilidad de nuestro señorío, para que en el intercambio su gracia, apareciera como vida que se ofrece y que se regala. Nos dió su sabiduría, la sabiduría de su misericordia, a cambio de la necesidad de nuestro saber, para que en el intercambio su gracia apareciera como vida que se excede en la locura, que se da en el exceso.

Atestiguó en su despojo que no se puede compartir con los pequeños, pobres y esclavizados, manteniéndose en el pedestal del tener y del poder de este mundo. El que comparte desde arriba, desde la riqueza y el encumbramiento, no anula la barrera de la posesión y del dominio. Los ricos y los amos, aunque compartan, continúan estando sobre los pobres y los

esclavos. Para abrir el camino del nuevo éxodo, donde se anule de raíz la relación de amo a esclavo, sólo queda como único gesto el del Primogénito, ponerse de rodillas ante los hermanos y ofrecerles en gracia todo su tener, toda su fuerza, toda su sabiduría. A cambio, en el último lugar él pretendía quedarse con el despojo, la debilidad y la locura de los pequeños.

**Se vació.** El Primogénito, abajado, extendió sus manos a los hermanos pequeños para compartirles todo lo que tenía, desde su pobreza, en la choza del último lugar. Pero después les abrazó, como el Padre le había abrazado a él. La gravitación del amor, le conducía a la comunión más profunda con nuestro mismo ser, en la unidad del Espíritu Santo (Lc. 1.35; Mt. 1.20).

Así su Gracia acogía a nuestra gracia, la agraciaba, en la comunión que era una transfiguración en nosotros, porque en último término era una configuración con nosotros. Su rostro de Hijo Amado, resplandor de la gloria del Padre, se transfiguraba en el rostro del esclavo, el rostro, que todos nosotros somos y existimos. *"Se vació tomando la forma de esclavo, llegando a ser, en la imagen de los hombres"* (Fil, 2.7).

Tomar la forma de esclavo en nuestra carne es en primer lugar, tomar como propio nuestro barro quebradizo, para serlo en sí mismo, y desde sí mismo. *"La Palabra llegó a ser carne"* (Jn. 1.14). El Hijo amado, el Hijo mayor, que estaba vuelto a las entrañas del Padre, siendo una sola cosa con él, se vuelve a nosotros hermanos pequeños, peregrinos, frágiles, mortales y nos abraza haciéndose una sola cosa con nosotros. La carne llega a ser Palabra. El barro llega a ser rostro del Primogénito.

Pero nuestro barro no solo es quebradizo, sino que además está manchado, cerrado y esclavizado. La carne es carne de pecado y de muerte, carne de esclavitud. Los hermanos, al intentar arrebatar absolutamente la vida en la idolatría y en la opresión, no sólo se han esclavizado por dentro, sino que han creado el mundo de los poderes, que ahora están frente a ellos y los subyugan y esclavizan. Por eso, esclavos por el pecado de dentro y esclavizados por la ley de fuera, se van des-integrando en el dolor y en la muerte.

*"Dios, enviando a su propio Hijo en carne semejante al pecado, y por el pecado, condenó el pecado en la carne"* (Rom. 8.3). Se apropió nuestro ser esclavizado en el rostro de los pobres despojados. Y su identificación llegó a tal extremo, que llegó a llevar nuestros pecados en su cuerpo al madero (1 Pedro 2.24), hasta llegar a tomar la forma de los esclavos, cuyo rostro está destrozado por haber sido colgados en la muerte y muerte de cruz (Fil. 2.8). Tomó el rostro de los esclavos, en aquel lugar en donde el rostro estaba más desfigurado, en el rostro de los últimos esclavos, esclavos de los esclavos, oprimidos y despojados, maltratados y destrozados. Ninguna negatividad nuestra se escapa ya a sus manos que se

abrieron ante nosotros para acogernos y se estrecharon sobre nosotros para entrañarnos en él, en comunión indisoluble.

Pero el Primogénito al aparecer como esclavo para consumir su entrega, no perdió su rostro de Hijo obediente, entregado al Padre por los hermanos. Al fin y al cabo los pobres, aún los despojados, eran todavía ricos, mantenían la propiedad de sí mismos, existían por sí y para sí mismos. Su pretendida riqueza era la raíz de su extremado empobrecimiento. Al no abrirse por entero y darse en gracia eran verdaderos esclavos, que esclavizan unos a otros en los papeles de opresores y oprimidos, separados por el muro de la división y el enfrentamiento.

Pero el Primogénito, al tomar la forma de esclavo, se empobreció todavía más. Mantuvo sus manos abiertas de Hijo y siervo obediente, de pobrecillo y pequeñuelo del Padre. En esta última, nueva e inédita servidumbre, se iniciaba una senda donde empezaba a tirarse el muro de la separación y todos los hermanos pequeños se reencontraban en su gracia, la gracia del Hermano mayor que les hermanaba en la mesa común.

Por eso al dar los primeros pasos en nuestras sendas, su rostro empezó a desvelarse como el rostro del Ungido, que iba a ser el libertador. *"Os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor"* (Lc. 2.11). El es la *"gran alegría para todo el pueblo"* (Lc. 2.10), la *"luz para alumbrar a las naciones"* (Lc. 2.32). En el rostro del Primogénito, aparecido como el último de los pobres, amanecía la Gracia, su Gracia. *"Ha aparecido la gracia de Dios, Salvador, para todos los hombres"* (Tit. 2.11). *"Ha aparecido la bondad y la ternura con los hombres, de Dios, nuestro Salvador"* (Tit. 3.14). *"Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres, que ama el Señor"* (Lc. 2.14).

### Las huellas de su servicio

El Primogénito que bajó a las partes más bajas de la tierra esclavizada y allí se despojó para identificarse con los hermanos pequeños, bajó para realizar el encargo que el Padre le había hecho. El encargo de su Reino: reunir en torno a él, con la fuerza de su Amor, a todos los hermanos, que estaban encadenados y enfrentados, y preparar su mesa compartida donde se sienten todos y los pobres ocupen el primer lugar. El Primogénito ha acogido este encargo en la absoluta obediencia. En esta absoluta obediencia de Hijo obediente y entregado como siervo al Amor del Padre por los hermanos, bajó por las huellas de la encarnación y ahora se dispone a avanzar por las huellas del servicio.

El latido último de su ser es la entrega. *"Abbá, Padre. Bendito seas. Venga tu Reino. Hágase lo que tú quieres. Aquí estoy por ellos. Yo por ellos me ofrezco como víctima a tu amor, para que tu amor los acoja, los envuelva, los consagre, los santifique. Para alabanza de gloria de tu*

gracia. Amén". Esta absoluta obediencia hace que el Primogénito se entregue desde las entrañas del Padre, en sus mismas entrañas, apareciendo en él las mismas entrañas de misericordia del Padre. Jesús es así el sacramento de la misericordia entrañable del Padre, el rostro visible de su inmensa ternura invisible. El Padre ama al Hijo y le ha dado todo en sus manos para que comparta el Espíritu sin medida a los pequeños (Jn. 3.34s). Por ello sus manos extendidas al Padre por nosotros, aparecen en el mismo gesto como las manos extendidas a nosotros desde el Padre. Como Hermano mayor ha de reunir a todos los hijos pequeños que están dispersos por el mundo (Jn. 11.52). Se parece, entonces, a un Pastor que ha de reunir a todas las ovejas, incluso aquellas que no parecen ser del aprisco, para que se forme un solo rebaño, bajo un único Pastor (Jn. 10.16), la única fraternidad del Primogénito de los hermanos y de la casa común. No es pues, extraño, que a todo lo largo del camino se entregue abriendo de par en par los brazos para invitar a la acogida. "*Venid a mí todos*" (Mt. 11.28).

**Se entregó para hermanar a todos.** El no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a entregar su vida en rescate por todos (Mc. 10.45). Al caminar vió a los hermanos esclavizados por el pecado. Le parecían como aquellos hijos que se habían marchado de casa, rompiendo el amor con el padre y con los otros hermanos, yéndose a la tierra del destierro (Lc. 15.11s) Rompieron el amor con el Padre en la desobediencia y se habían convertido en esclavos; rompieron el amor con los hermanos en la ambición, y se habían convertido en enemigos. Eran gracia y habían malgastado todo su ser. Estaban perdidos todos. Todos eran pecadores, todos estaban bajo el pecado. (Rom. 3.9).

Al ver así a los hermanos "*se le conmovieron las entrañas*" (Lc. 15.20) Esta última esclavitud sólo se puede redimir con la entrega de la misericordia entrañable, que hay que anunciar y realizar. La misericordia y la fidelidad han de ser palabra, que se convierte en signo y signo que se hace palabra.

Jesús les entrega el Amor, para liberarlos y hermanarlos. Empezó como un peregrino a recorrer los pueblos y las aldeas "*anunciando la buena noticia de Dios y diciendo: Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios se acerca. Convertíos y creed en el evangelio*" (Mc. 1.14-15). "*El pueblo que habita en tinieblas, vió una luz grande y a los que habitaban en la tierra de las sombras de muerte una luz les brilló. Desde entonces Jesús comenzó a predicar y a decir: "Convertíos porque el Reino de Dios se acerca"* (Mt. 4.16-17).

El Padre me ha enviado, dándome todo su amor, ungiéndome con su Espíritu (Lc. 4.18), para que amanezca la aurora de la gracia, en la fuerza soberana de su perdón. El que me ve a mí, está viendo al Padre. Por eso el

Padre está aquí, os ama y os acoge. *"Todos vosotros sois hermanos, porque tenéis un mismo Padre"* (Mt. 23.8.9). *¿Sabéis a quién se parece? Al padre del hijo pródigo que se marchó. "Cuando aún estaba lejos le vió su padre y se le conmovieron las entrañas y se echó a correr y cayó sobre su cuello y le cubrió de besos"* (Lc. 15.20).

Jesús extiende los brazos y estrecha contra sus entrañas a los pecadores. En su rostro aparece la misericordia del Padre y entre sus brazos abiertos acoge y entraña a los pecadores, los sienta a la mesa, a todos, enteramente a todos, porque todos son pobres, en la extremada pobreza del pecado, para darles el amor, que es el perdón. Mirando al Padre, le dice: *"Padre, perdónales"* (Lc. 23.34). Después mira al hermano pequeño y le dice: *"Hijo, tus pecados te son perdonados"* (Mc. 2.5). Entre sus manos nacía la comunión en su filiación y en su fraternidad, que se consumaría en la pascua.

*"Y a los que le recibieron les dió el poder de llegar a ser hijos de Dios"* (Jn. 1.12). Al acogerlos y perdonarlos, si ellos acogían el amor del perdón se rompían las cadenas más hondas, que encadenaban sus corazones, y de esclavos, empezaban a ser hijos. Ellos extendían las manos entre sus manos abiertas, y levantándolas al Padre de Jesús, decían todos juntos, a una sola voz: *"Padre nuestro. . . Venga tu reino. . . Hágase tu voluntad"* (Mt. 6.9-10; Lc. 11.2). Entre las manos del Hijo mayor, empezaban a sentirse hijos en él, en la misma comunión de su amor (cf. 1 Jn. 1.3; 2 Cor. 13.13).

Pero si los esclavos empiezan a ser hijos, los enemigos empiezan a ser hermanos. Las cadenas que los enajenaban del Padre eran las mismas que los enajenaban de los hermanos. La misericordia entrañable que les ha hecho retornar al Padre, les reconcilia con los hermanos, en la pequeña fraternidad, apiñada en torno a Jesús. *"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?. Y mirando en torno a los que estaban sentados a su alrededor dice: "Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios ese es mi hermano y mi hermana y mi Madre"* (Mc. 3.33-35).

El Hijo mayor se está entregando como siervo en rescate por todos sus hermanos. Su redención es su gracia convertida en perdón, que rompe sus cadenas más hondas, las cadenas del pecado. Así les empieza a redimir y a hermanar en la comunión de su filiación y de su fraternidad, apareciendo ya por los caminos la familia de hermanos.

**Se entregó para hermanar a todos, empezando por los pequeños.** Jesús con este gesto no termina el servicio que el Padre le había confiado. Estaba ya reuniendo la familia de los hermanos, pero en ellos advertía grandes diferencias. Todos eran esclavos, pecadores, todos eran pobres, pero en algunos las heridas de la pobreza y de la esclavitud eran más hondas. Po-

bres son los grandes, por el mismo hecho de ser amos y opresores. Pero más pobres todavía son aquellos que siendo pecadores, están además oprimidos, despojados y abatidos. Y más pobres y más pequeños son todavía aquellos, que siendo pecadores y oprimidos, están tirados a los márgenes de la casa, al basurero de la historia: los ciegos y los cojos, los paralíticos y los leprosos, los últimos de los marginados.

Jesús se sitúa ante los hermanos pequeños con la actitud de siervo obediente y entregado al amor del Padre en favor de sus hijos. El no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a entregar su vida en rescate por muchos (Mc. 10,45). Por eso al caminar vió a los hermanos esclavizados por el dolor. Al romper el amor del Padre y de los hermanos, su ser que era gracia empezó a desintegrarse. Pero como la idolatría y la opresión de sus corazones pasó al mundo y configuró la tierra en campo de guerra, sus heridas que empezaron a abrirse desde dentro, se ahondan más todavía por las cadenas que esclavizan desde fuera. Todos los que estaban arriba eran pobres y estaban heridos, pero más todavía los pequeños, que estaban abajo y más aun, los últimos que estaban abajo del todo.

Al ver a los pequeños, marcados por las heridas del dolor, *"se le conmovieron las entrañas"* (Mc. 1.41). También esta esclavitud hay que redimirla con la entrega de la misericordia entrañable, que hay que anunciar y realizar. La misericordia y la fidelidad han de ser palabra, que se convierta en signo y signo que se haga palabra.

Jesús ya lo anunció desde el principio, cuando empezó a entregar su Amor a los hermanos para liberarlos y hermanarlos. *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para dar el evangelio a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos y a anunciar el año de gracia del Señor"* (Lc. 4.18). Este anuncio de su amor preferencial por los pobres, lo realiza en los signos mesiánicos, que hacen lo que proclaman. *"Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les da la buena noticia."* (Mt. 11.5).

Para acoger a todos los hermanos por igual, Jesús tiene que invitar a un desplazamiento en la mesa. Por amor a los más pequeños y por amor a los menos pequeños. ¿De lo contrario, cómo podría hermanarlos, en realidad, de verdad?. Por eso el Primogénito que les ha reunido y sentado a su mesa, viene al último lugar y dice al hermano pequeño: *"Amigo, sube más arriba"* (Lc. 14.10). Después le toma de la mano y va hasta el primer puesto de la mesa y dice al hermano que está sentado allí: *"Cede a éste tu puesto"* (Lc. 14.9). Puede ser que los hermanos más grandes tropiecen en el gesto del Primogénito y hasta se les ocurra marcharse (Lc. 14.17-20) Pero el Primogénito será fiel a su propósito de amor: *"Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad y a los pobres, tullidos, ciegos y cojos, tráelos aquí"* (Lc. 14.21).

El Hermano mayor se acerca a los pequeños, los abraza, los cura, los levanta y los pone a la cabecera de la mesa a servir con él. Les cura las heridas de dentro a fuera: les abre los ojos del corazón y los de la cara, les abre los oídos del corazón y ellos empiezan a escuchar, les da la palabra al corazón y sus labios se ponen a cantar, moviliza la parálisis de su corazón y sus pies se ponen a caminar. El Primogénito al curarles le recrea como hombres nuevos (cf. Mc. 2.1-12; Jn. 9.1-38), es decir, los incorpora a la fraternidad del amor y los alienta para hacer camino tras él con los demás hermanos.

Evangelizar a los pobres, no es dar la vuelta a la tortilla; que los pobres empiecen a despojar y a dominar a los ricos, como ellos lo habían hecho antes. Al contrario, es recrear la fraternidad desde los últimos anulando todo dominio de los amos sobre los esclavos, porque los pobres han pasado de la servidumbre al servicio, han llegado a compartir con el Primogénito el primer puesto del servicio, realizado en la forma de su servidumbre, la gracia que se ofrece y se regala. Hermanos y siervos, junto al Primogénito, que les pide su pan, para después repartírselo a todos, empezando por los que están más destrozados y abatidos y que él mismo puso junto a sus pies. (Mt. 15.29-38).

**Se entregó para hermanar a todos, empezando por los pequeños, para preparar la mesa compartida.** El Hijo mayor se está entregando como siervo en rescate por todos sus hermanos. Su redención es su gracia convertida en amor, que rompe las cadenas del pecado y reúne a los hermanos en su fraternidad. Más todavía. Su redención es su gracia, convertida en vida, que rompe las cadenas del dolor, y abrazando a los más pequeños los cura, los levanta y los pone a servir con él a la cabecera de la mesa. Pero este camino suyo de entrega por la liberación para la comunión asume, desarticula, transfigura y trasciende el mundo, que más que hogar es una cárcel, atravesada por cadenas, convertida en campo de guerra, donde todos luchan por ganarse y asegurarse su vida.

El Primogénito, entregado como siervo, continúa avanzando su camino. Y al caminar vió a los hermanos esclavizados por la injusticia, la opresión y la mentira. Efectivamente, "la pretensión de ganarse la vida", el pecado personal, que ha nacido en sus corazones se ha extendido a la comunidad y como "combate por ganarse la vida", ha configurado el mundo. El muro de separación, arraigado en el corazón del hombre, se ha construído también en el universo. La estructura socio-económica, socio-política y socio-cultural se estructura sobre la barrera del dinero, el poder y la cultura, idolatrizados y demonizados, que separan y enfrentan a los hermanos entre ricos y pobres, poderosos y débiles, sabios e ignorantes. Este muro de separación, que atraviesa la tierra, convertido en trinchera de lucha, provoca en el corazón de los hermanos una mayor ambición y agresividad.

○ Jesús ve a los hermanos, junto al muro, despojados, abatidos, descarriados, amenazados de abismarse en el abismo de la muerte final. Y *"se le conmovieron las entrañas"* (Mt. 9,36; 15,32). Esta esclavitud consecutiva sólo se puede redimir con la entrega de la misericordia entrañable, que hay que anunciar y realizar. La misericordia y la fidelidad, que han de ser palabra, convertida en signo y signo expresado en palabra.

○ Jesús les estaba entregando su Amor para liberar y hermanar a los hermanos pequeños. Y este camino de liberación para la comunión había que llevarlo hasta el final, avanzar desde las últimas raíces hasta las últimas consecuencias. Ya lo había anunciado desde el principio. El había venido, como Ungido, a realizar el Reino del Padre, su Reino de justicia, de libertad, de verdad y de paz. Lo anunció con la palabra más expresiva que los hermanos de entonces entendían bien: La tierra quedará como una mesa grande para todos. Ya no habrá muros ni cadenas. (Lev. 25. 8.17). Será *"el año de gracia del Señor"* (Lc 4.18). Los ojos de todos estaban fijos en él. Y él empezó a decirles, *"Hoy se cumple esta palabra, que acabáis de oír"* (Lc. 4.20). Pero no por el camino del poder y de la venganza, sino con la fuerza de la ternura entrañable, sólo con la fuerza de la gracia (cfr. Is. 61.2). Y ellos quedaban asombrados de las palabras, que salían de su boca y que sólo eran gracia (Lc. 4.22).

Donde había injusticia, el Primogénito iba a poner su gracia, convertida en su justicia; donde había opresión, pondrá su gracia, convertida en su libertad; donde había mentira, pondrá su gracia, convertida en su verdad. Para pasar de la tierra de la esclavitud a la tierra de la libertad, a la casa común de la herencia, no había más camino que la misericordia entrañable. La misericordia es la justicia del Padre, que se da a todos en gracia desmedidamente, sobre todo a los pobres y a los enemigos; es la libertad del Padre, que renunciando a todo poder se entrega en servicio gratuito y es la verdad del Padre, que se hace amor que se autentifica en el compartir de la fidelidad. Así el peregrino desarmado, avanza con el puñado de hermanos, sólo y exclusivamente desde la gracia. En medio de las sendas de la liberación histórica, asumiéndolas y transfigurándolas, su redención de las estructuras de este mundo proviene desde más atrás y se adentra más por debajo y avanza más hacia adelante, hacia la plenitud de la consumación.

Para ello ha de abrazar con amor a los grandes, con un amor liberador que des-enmascara y provoca. Ellos para mantenerse donde están, en su enclasmiento social, se han enmascarado en la hipocresía estructural. El Primogénito, entregándose como siervo, les arranca con amor esta máscara, que les encadena y les pro-voca al compartir, sentándose a la mesa común en el último puesto ('Mt. 23.1-36; Lc. 11.39-48). Lo mismo hace con los pequeños. Les abraza con su amor liberador, les arranca la máscara

ra de su hipocresía estructural, que se han sobrepuesto para el relevo del poder, y les invita a sentarse a la mesa compartida en el último puesto (Mt. 11.16-24). Así toma partido contra los grandes en favor de los pequeños y contra los pequeños en favor de la mesa del Reino del Padre. Para que esta mesa aparezca en el campo de guerra, los hermanos que se sitúan arriba, han de despojarse de su gesto de violencia institucionalizada, cambiando la dominación por el servicio, y los hermanos que se sitúan abajo, han de despojarse de su gesto de violencia revolucionaria (subversión o sumisión), cambiando la dominación por el servicio. Así todos, renunciando a las actitudes y a las estructuras de poder, pueden reencontrarse en la mesa compartida, entre los brazos extendidos del Primogénito, entregado. Pero este camino parece desarticlar desde su raíz la existencia misma de los hermanos y la contextura de la tierra del mundo por donde caminan.

### Las huellas de su pascua

*"Jesús, llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"* (Jn. 13.1). El siervo, lleno de ternura y de fidelidad avanza hacia la consumación de su entrega. Era el último abrazo de su misericordia entrañable a la familia de los hermanos y a la casa común del universo. Al entrañarlos en sus mismas entrañas, le dieron muerte como a un criminal. El era el peregrino de la gracia, que caminaba con los brazos extendidos y las manos abiertas, entregándose a sí mismo con todo el Amor del Padre. Pero los hermanos, todos, grandes y pequeños, tenían los brazos en alto y las manos cerradas en actitud de ganar y asegurar su vida. Algunos, un puñado pequeño, acogió su ofrenda y apiñados junto a él, en fraternidad, hicieron camino hacia la mesa compartida. Pero la mayoría descubrieron en sus huellas un gesto peligroso y arriesgado como ningún otro.

### Ellos le entregaron

La aventura de la mesa compartida resultaba seductora al principio. Era una sorpresa, que llegó a entusiasmar hasta alas multitudes. Pero, ¿cómo ponerla entre los barrotes de una cárcel, donde al fin y al cabo todos se sienten a gusto, haciendo "el juego de ganarse su vida"? Enseguida, sin embargo, apareció como una amenaza, la amenaza más radical que ha conocido la historia. Pues su ser mismo era provocado a des-integrarse para re-crearse de nuevo. El peregrino de la misericordia entrañable encontró enseguida el más energético rechazo. A los que acogía y ellos no querían acogerle, les pareció que su camino era un reproche. Si todo es gracia para compartir y agradecer y ellos quieren apropiarse la vida, entonces es que todos son unos ladrones y salteadores. La respuesta, de rechazo, cada vez más enérgica, es fácil de explicar. Pone en juego el orden establecido. Es un rebelde, un criminal. Sus huellas son el último peligro para el pueblo, para la tierra y para cada uno de los hombres.

Todos los hermanos, los que parecían grandes, atrincherados arriba, y los que parecían pequeños, atrincherados abajo, le acorralaron para entregarle. Le mandaron matar los grandes: los ancianos, los sacerdotes y los letrados del sanedrín (Mc. 14.53). Y "*le entregaron a Pilato*" (Mc. 15. 1), el gobernador, que representa al imperialismo romano. Pero los pequeños dan su consentimiento y apoyan su condena y su entrega. "*Crucifícale*". . . *Gritaron con más fuerza: "Crucifícale"* (Mc. 15.13.14). Y "*Pilato. . . entregó a Jesús. . . para que fuera crucificado*" (Mc. 15.15). Parece que el Primogénito es entregado por el hombre, en cuanto hombre viejo y cerrado. El hombre, que es gracia cerrada y apoderada, el hombre que pretende serse, ganarse y asegurarse no resiste la pro-vocación de la última Gracia que le es ofrecida como gracia para la liberación de su comunión. Todos con los puños cerrados gritan y le cuelgan del madero, no sólo porque se ven desmascarados y desestabilizados en su enclasmiento social sino porque hasta se ven en el riesgo de perder su propia existencia. Por ese camino perderán lo que tienen y lo que son. Tendrán que dejar de serse para darse. Y hasta ahí no están dispuestos.

### El Padre le entregó

En realidad el rechazo y la condena de los hermanos es una respuesta al abrazo de su ternura entrañable. Pero el Primogénito ha salido a su encuentro en esta ofrenda, como siervo obediente entregado a la voluntad del Padre, a su beneplácito de amor por la humanidad y el universo. La oración de Getsemani (Mc. 14.32-42) lo expresa con toda su hondura. Jesús ora postrado ante el rostro del Padre. Es el Padre el que le entrega como víctima por los hermanos pequeños en inmolación de representación. Para redimir a los esclavos entrega al Hijo. Para arrancar las cadenas de su familia y de su casa y recrear en la historia la fraternidad en torno a su mesa compartida, está dispuesto a entregar a su Hijo cargando sobre él el pecado de todos. "*Todos nosotros andábamos errantes como ovejas, siguiendo cada uno su camino y el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros*" (Is. 53.6). "*Sobre él descargó el castigo que nos sana*" (Is. 53.5).

La entrega que el Padre hace de su Hijo amado como siervo es el exceso absoluto de su amor. En esta entrega, entrega más su misericordia entrañable, que si se entregara él mismo. Pero poner en el puesto de los esclavos al Hijo del amor y allí entregarlo por ellos, en inmolación de representación, significa que se agotó en su entrega, que nos dió el último y entero "sí" de su amor (2 Cor. 1.19). "*Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo unigénito*" (Jn. 3.16) "*El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a dar con él en gracia todas las cosas?*" (Rom. 8.32). "*En esto se ha manifestado el amor de Dios a nosotros, en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que vivamos por él*". . . Ciertamente, "*él nos amó y envió*

a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 4,9,10). Es, por tanto, el Padre el que poniendo al Hijo en nuestras manos enteramente, lo levanta en la cruz que llega a ser el brazo de Dios con los verdugos del Ungido. Lo entregó a nosotros, para que nosotros pudiéramos entregarle. De lo contrario hubiéramos caído en tierra, derribados ante la presencia de aquél que es una sola cosa con el Padre (Jn. 18,1-8). Así aparecía que el Hijo era la absoluta gracia, la gracia des-medida, incondicional, sin arrepentimiento, su entrega total a los hijos pequeños, del todo en todo, hasta la muerte y muerte de cruz.

### El mismo se entregó a sí mismo

El Primogénito abre las manos entre las manos del Padre y se entrega a su voluntad en absoluta obediencia. Su ser entero se conmueve. Hasta ahora había amado a los hermanos, gratis, "en su gracia"; ahora había de amarlos "en su sangre", con su gracia en sangre convertida (Rom. 3, 24-25). No es extraño, pues, que se conmueva. El Padre quiere que su amor llegue a la plenitud y que su vaciamiento en el rostro de los esclavos se consume, llegando a incorporarse el pecado y la maldición, "A quién no conocía el pecado, le hizo pecado por nosotros" (2 Cor. 5,21). Tenía que hacerse maldición: "Maldito todo el que cuelga del madero" (Gal. 3,13).

En realidad Jesús avanza consumando su obediencia, su "amén" absoluto e interminable. Si él ha entrado en la hora es porque ha querido. Si se ve acorralado por todos, grandes y pequeños, amenazado por todos, es porque ha dado un paso adelante, sobrepasando la raya trazada sobre la tierra, que los hombres no pueden pasar sin ser maltratados, asesinados y abatidos por el mundo. En realidad esta hora de la entrega como víctima de inmolación es la consecuencia de todo el camino histórico del siervo, de pretender reunir a todos como hermanos, empezando por los pequeños y preparando en el campo de guerra la mesa compartida. Pero él sabe que la consumación del amor sucede en la muerte. "Nadie tiene mayor amor, que el que da la vida por los que ama" (Jn.15,13). "A mí nadie me arranca la vida, soy yo mismo el que la doy" (Jn. 9,18). Jesús es el siervo que llega a ser víctima, porque él mismo lo quiso, porque en el exceso del amor pretendió la muerte, para que los hermanos vivieran de su vida.

En este momento está entrando en "la hora" y se siente conmovido. "Ahora mi alma se siente turbada. ¿Y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora?. Más para eso he venido yo a esta hora. Padre, glorifica tu nombre" (Jn. 12,27). Postrado sobre el suelo "empezó a sentir temor y angustia"... Su alma estaba triste a muerte y estaba solo, enteramente solo. Con sus manos vacías y abiertas puestas en las del Padre. "Adelantándose un poco cayó en tierra y oraba que si era posible pasase de él aquella hora. Decía: Abbá, Padre, todo te es posible; aleja de mí este cáliz; mas no sea lo que

yo quiero sino lo que quieres tú" (Mc. 14.35-36). "Padre aquí estoy por ellos. Yo por ellos me ofrezco como víctima para que ellos sean consagrados en la verdad" (Jn. 17.19). Así Jesús el siervo, "hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil. 2.8), "cargó con el pecado de todos", "cargó con sus crímenes" (Is. 53.12.11). Y por ello "soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores" (Is. 53.4).

Ahora las manos extendidas al Padre en obediencia, se extienden a los hermanos en ofrenda. "El, en cumplimiento de su voluntad. . . extendió sus brazos en la cruz" (Plegaria II). Inerme, indefenso, se entregó a manos de los hermanos, manos que estaban manchadas de sangre, manos que le pusieron de lleno en la cruz, para consumir la absoluta obediencia como siervo maldito, como criminal ajusticiado. "Desfigurado, no parecía hombre, ni tenía aspecto humano" (Is. 52.14). "No tenía presencia ni belleza que atrajera nuestras miradas, ni aspecto que nos cautivase" (Is. 53.2). "Despreciado y evitado de la gente, un hombre hecho a sufrir, curtido en el dolor. Al verlo se tapaban la cara; despreciado le tuvimos en nada" (Is. 53.3).

Lo asombroso no es que los hermanos lo abandonen, sino que se vea abandonado de su Padre. El había pasado a nuestra orilla, había abrazado nuestro pecado y nuestra maldición y experimenta la lejanía de aquél que le amaba como a Hijo nacido de sus entrañas, de aquél que le entregaba en una desmedida locura de amor por los hermanos pequeños. "Y a la hora de nona gritó Jesús con voz fuerte: Eloí, eloí, lama sabachtaní . . . ¿Dios mio, Dios mio, por qué me has abandonado?" (Mc. 15.34). Suspendido entre el cielo y la tierra, abandonado del Padre y de los hermanos, en la tiniebla más oscura de la tierra él mismo se entregó a sí mismo porque nos amaba. "Fué traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes" (Is. 53.5). "Le tuvimos por un contagiado, herido de Dios y humillado" (Is. 53.4). Pero con los brazos extendidos en la cruz, se entrega al Padre, mirando a los hermanos. "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc. 23.34). Después se entrega a los hermanos, mirando al Padre. "Padre en tus manos, encomiendo mi espíritu". Y diciendo esto expiró". (Lc.23.46).

### Inclinando la cabeza, entregó el Espíritu

El Padre abrazó con el abrazo poderoso del Espíritu al Hijo primogénito que había quedado desangrado y muerto en la cruz. Se ha encumbrado a "un árbol, extendió sus brazos bellos y muerto se ha quedado asido de ellos el pecho del amor muy lastimado" (Juan de la Cruz). El Padre le devuelve a la vida, le pone a su derecha y a la cabeza nuestra como Hermano entronizado sobre los hermanos. "A Jesús el nazareno. . . a éste, que fué entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matásteis clavándole en el madero por manos de los impíos. A éste, Dios le resucitó. . . Sepa, pues, con toda certeza la casa de

*Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien habéis crucificado*". (Hech. 2.22-24.36). Aleluya, Aleluya, Padre, " ¡Que asombroso regalo de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!" "La muerte y la vida entablaron un duro combate y el jefe de la vida, muerto, reina vivo". Por eso, cuando le vimos traspasado sobre el madero, en su última humillación, en realidad estaba entronizado, como la aparición en persona de la fuerza soberana de la gracia, como el Rey en quien se ha inaugurado el Reino. Ha reinado desde el madero. Por eso al ser levantado sobre la tierra, en realidad ha sido entronizado, llegando al final de su amor. "Jesús dijo: "todo está consumado". E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu" (Jn. 19.30). En el madero, con los brazos extendidos y las manos abiertas, él mismo se entregó a sí mismo, entregó las entrañas de su misericordia entrañable, la llama del amor viva del Espíritu.

Ahora al contemplar su rostro, le admiramos como el mediador, el sacerdote. Nadie se habría atrevido a llamarle con este nombre, porque los sacerdotes judíos y griegos tenían demasiado poder, para poder comparar con ellos al siervo pobre y humilde, peregrino de la gracia. Pero si el gesto central del sacerdocio es el sacrificio para la mediación, entonces propiamente a él solo le corresponde. El es el mediador, el que derriba el muro de separación entre el Padre y los hermanos. Efectivamente, estando en las entrañas del Padre, y siendo el resplandor de su gloria (Heb. 1.2-3), está al tiempo en las entrañas de la tierra y en el corazón de la humanidad, asemejado a nosotros en todo, hasta en las lágrimas, menos en el pecado (Heb. 2.11.14.18; 4.15; 5.7). Este Hijo, al frente de la familia y de la casa (Heb. 3.6) es el que había de llevar a muchos hijos al abrazo del amor y de la gloria del Padre, en el que él mismo consistía (Heb. 2.10).

Situado en las entrañas del Padre y en las entrañas de la humanidad su gesto será la mediación, un gesto de amor extremado que consiste en la obediencia de inmolación, para alabanza de gloria. El Hijo obediente que se ofrece (Heb. 10.4-14), arrastrado por el Espíritu Santo, presentó en favor de los hermanos la ofrenda de sí mismo con su propia sangre y entró de una vez para siempre en el santuario de las entrañas del Padre, realizando la redención eterna, consumando la nueva alianza (Heb. 8.1; 9.11-14; 24-25). El sacrificio es el acto del sacerdote y el sacrificio de sí mismo fué la consumación del único sacerdote. De este modo el siervo obediente y entregado, que inició su sacerdocio al tomar nuestra carne en la forma de esclavo, consume su sacerdocio y su servidumbre en el ara de la cruz. El mismo entra con su sangre, reconciliando a los hermanos con el Padre y reconciliándolos entre sí. Pues en este gesto supremo de su sacerdocio ha derribado en su cuerpo el muro de separación que dividía a los hermanos reuniéndolos en la única fraternidad del hombre nuevo (Ef. 2.16-18).

El siervo entregado aparece ahora como Señor entronizado. El mediador que derriba el muro de separación entre el Padre y los hermanos, que es el mismo que separa a unos hermanos de otros, lo es precisamente por ser el Hijo primogénito entregado en la absoluta obediencia para el absoluto servicio. *"Se humilló hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le concedió un nombre que está sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Jesús Cristo es Señor para gloria de Dios Padre"* (Fil. 2.8-11). La misericordia entrañable del Hijo amado entregado como siervo, sacerdote y víctima mediador y reconciliador, aparece personificada en el Hermano mayor entronizado sobre los hermanos y sobre la casa común. El nombre nuevo, que recibe, "Señor", es igual a Primogénito de todos los hermanos y Primogénito de toda criatura, cabeza de todos los hermanos y cabeza de todo el universo. El Padre al resucitarle de entre los muertos le ha sentado a su derecha a la cabecera de la mesa, para que reúna a los hermanos en fraternidad y convierte los cielos y la tierra en su hogar común. *"A él sujetó todas las cosas y le puso por cabeza de todas las cosas en la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo consume todo en todos"* (Ef. 1.22-23).

#### Y a la cabecera de la mesa les partió el pan.

Sentado a la cabecera de la mesa, en el puesto del Padre, el Primogénito entrega a sus hermanos y a su hogar común, toda la entrega de su amor. En el signo de la cena de familia, cuando ésta celebra la travesía pascual. La mesa fué siempre el signo visible del encargo que el Padre le había hecho de darnos su ternura entrañable. La fué poniendo a lo largo del camino, mientras reunía a los hermanos, poniendo a los pequeños en el primer lugar. Era el signo del reino: la familia y la casa, del Padre, realizadas entre sus manos, en la fuerza del Amor del Espíritu. Pero en la travesía pascual, lo que era una promesa empezó a ser un cumplimiento, anticipo del cumplimiento definitivo. Por eso antes de padecer se sentó a la mesa para entregarse él mismo a sí mismo, en todo su amor, en la misma entrega que después iba a hacer, cuando la mesa se convirtiera en cruz. En la mesa, en la noche antes de padecer, cuando ya estaba entregado (1 Cor. 11.23), se entregó a sí mismo en la misma entrega que hizo, cuando extendió sus brazos en la cruz (Jn. 18.30). Pero estos brazos extendidos en la cruz, se extendieron hacia los hermanos, cuando el Hijo entregado, entronizado como Señor, se sentó a la cabecera de la mesa a partir el pan, convirtiendo de nuevo la cruz en mesa (Jn. 21.13; Lc. 24.30; 24.41-43).

El Hermano mayor, siervo convertido en Señor, *"tomó el pan y después de dar gracias lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo por vosotros"*. Así mismo, después de cenar, tomó la copa diciendo: *"Esta copa es la nueva*

*alianza en mi sangre*" (1 Cor. 11.23-25; Mc. 14.22-24; Mt. 26.26-28; Lc. 22.19-20). Entre sus manos marcadas por las marcas de la cruz, entrega el pan, que es su *"cuerpo entregado"* y la copa que es su *"sangre derramada"*. Es él mismo el que se entrega a sí mismo. En inmolación de representación. *"Por vosotros"*, *"por todos los hombres"*, *"para el perdón de los pecados"*. Se entrega como siervo y víctima, entregando todo el amor del Padre, puesto en sus manos en el fuego del Espíritu, toda la misericordia entrañable de la alianza, que ahora se ha hecho nueva y eterna. El pan y la copa, encierran el don total de la pascua, su amor crucificado, su cuerpo roto, su sangre derramada, que ahora están puestos en sus manos como la absoluta ofrenda, como el definitivo rescate, como la consumada comunión. (1 Cor. 10.16).

Es la cena de la nueva pascua en el nuevo éxodo. Ahora extiende los brazos para hermanar a todos. Todas las esclavitudes de los hermanos se habían concentrado en las cadenas de la muerte. Las cadenas del pecado personal y estructural, que les iban rompiendo en el dolor, acaban por abismarles en la muerte (Rom. 5.12). Ahora en este abrazo de su última entrega les hace pasar de la esclavitud a la libertad. De su costado mana agua para limpiar su barro manchado (Jn. 19.34); de su boca brota el aliento del Espíritu, para recrear su gracia encadenada (Jn. 20.22). *"Les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. les volvió a decir: La paz con vosotros. . . Alentó y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo"* (Jn. 20.20-22). Entre sus manos, que arden en el fuego de su Amor, sucede el nuevo éxodo. Los que eran esclavos del pecado, de la ley y de la muerte, empiezan a ser hijos en el Hijo, adoptados, transfigurados y configurados con el Hijo en la unidad del Espíritu. El Padre por manos del Primogénito les ha dado la comunión en su mismo Espíritu (2 Cor. 13.13; 1 Jn. 1.3) y ellos por él, con él y en él pueden gritar su Abbá, Padre, volviendo a sus entrañas como hijos y herederos (Gal. 4.4-7; Rom. 8.15-17). Por ser hijos en el Hijo, son hermanos en el Hermano. Se han roto todas las barreras que separan a los hombres la barrera del dinero y el poder, la barrera de la cultura y el color de la cara, la barrera del sexo y hasta la de la creencia. Todos los que se han incorporado al Hijo amado por el bautismo y se han revestido de él forman una única fraternidad, una sola persona comunitaria, que existe en la comunión del Hijo, convertido en Hermano de todos (Gal. 3.27-28; 1 Cor. 12.13; Col. 3.11). Esta familia de hermanos sentados a la mesa, incorporados al Primogénito, que es la cabeza, son su cuerpo. Su cuerpo inmolado se ha ensanchado en su cuerpo eclesial, en la fraternidad que es la humanidad nueva, en el amanecer de la pascua.

Pero además, en esta cena de la nueva pascua, en el nuevo éxodo, el Primogénito que hermanó a todos, los hermana empezando por los pequeños para realizar la mesa compartida del Padre. Estamos asistiendo no

sólo al éxodo nuevo de la humanidad, sino al éxodo nuevo de la creación, que aquél lleva consigo. No sólo los hermanos estaban esclavizados. También la creación entera, encomendada a los hermanos, gemía suspirando por la liberación (Rom. 8.19-21). El universo, atravesado por el *"muro de separación"* (Ef. 1.14), de la injusticia, que se hace opresión y mentira, era una cárcel de cadenas, que esclavizan y enfrentan para una guerra a muerte. Los hermanos que han dejado de ser esclavos, para ser hermanos, han de salir de esta tierra de la esclavitud, que es el des-tiempo, para pasar a la tierra de la herencia, el hogar compartido del Padre. El Hermano mayor abrirá sus sendas, a través de su pequeña fraternidad ya reunida y en camino de liberación. Ahora es cuando el Primogénito de toda la creación, arranca sus cadenas y las pasa a sus manos, bajo su cabeza (Ef. 1.10). *"El Padre quiso que habitase en él toda la plenitud y reconciliar consigo por medio de él todas las cosas del cielo y de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz"* (Col. 1.19-20). El siervo entregado, entronizado como Primogénito, a la cabecera de la mesa, alienta a su fraternidad para que sea fermento y alma del mundo, hasta que el universo se reconcilie convertido en fraternidad. En la mesa, que son sus manos extendidas y abiertas, él mismo se entrega a sí mismo en el pan y la copa, y los hermanos acogen el aliento de compartir, que pone a los pequeños en el primer lugar, como a los primeros servidores. (1 Cor. 1.26-28). El aliento del Espíritu, entregado en la mesa, es la absoluta Gracia entregada a la gracia de la humanidad y del universo, que convierte en don todo lo que los hermanos son, todo lo que valen y todo lo que tienen. En torno a la mesa se recrea el universo en mesa compartida. Allí se comparte la vida hasta tener *"un corazón y un alma"*, empezado por los pequeños. Allí se comparten los dones, hasta formar *"un cuerpo"*, empezando por los pequeños. Allí se comparten los bienes hasta tenerlo *"todo en común"*, empezando por los pequeños (Fil. 2.1-4; Col. 3.12-15; Ef. 4. 1-16; 1 Cor. 12.22-25; Hech. 2.44-45; 4.32-35). Está amaneciendo la nueva creación.

La mesa del Señor ha sido el final de su camino, la consumación de su entrega, pero de nuevo se convierte en punto de arranque para el camino que conduce hacia la plenitud consumada. El Primogénito que iba haciendo camino como siervo entregado y que en la travesía pascual apareció como Señor, se ha levantado de la mesa y con los hermanos que han acogido su amor y su encargo hace camino de nuevo hasta entregar el reino al Padre. El Padre le ha puesto como Señor y Cabeza de su familia, el Primogénito entre muchos hermanos. Su Amor entregado es la plenitud, recibida del Padre en el Espíritu, que ahora se ha compartido a su fraternidad hasta que ésta se consume en la plenitud, siendo todos uno. Pero siendo Cabeza y Señor de la familia, es al tiempo Cabeza y Señor de la casa común, primogénito de toda criatura. Por eso su plenitud, que plenifica a su fraternidad, ha de llevar a la plenitud de la liberación y de la comunión al universo de los cielos y de la tierra, hasta que se conviertan

en la mesa compartida. Entonces entregará el Reino, al Padre. Por eso le vemos de nuevo en camino por Galilea, intentando atravesar toda la historia hacia su consumación. Vuelto a los hermanos, que le acogieron y que comparten con él su encargo, les suplica que vayan por todas partes a recoger a todos los hijos dispersos por el mundo, en la familia que preside el Padre, que encabeza el Hijo y que reúne el Espíritu (Mt. 18.16-20; Mc. 16.15; Hech. 1.8). Pero reunir a los hermanos en una familia exige convertir el universo en el hogar común de la mesa compartida. Es, pues, necesario, que El vaya adelante, ejerciendo el señorío del Padre, para romper todas las cadenas que atan la tierra, incluso la última, la cadena de la muerte, para que tirados todos los muros de división la misericordia entrañable del Padre, a través de sus manos, transfigure todas las cosas según su beneplácito de amor, (1 Cor. 15.25-28).

Ahora, el Señor va delante de nosotros, que somos fraternidad de su iglesia, para que todos los hombres sean invitados y acogidos en ella y el universo mismo, convertido en hogar, tome parte en la libertad y en la gloria de los hijos, para alabanza de gloria del Padre. Nos encontramos, pues, en camino.

### 3.— Hermanos, encargados de compartir la entrega del Primogénito.

Ahora es cuando podemos descifrar el don y el servicio del sacerdote, después que hemos puesto los ojos en Jesús el Señor, en su misterio de Hijo mayor entregado como siervo por los hermanos y por la casa común. Según declamos al principio, los apóstoles son los hermanos, que de su mano van caminando tras él, como la transparencia de su rostro. "Pues los presbíteros, por la ordenación sagrada y la misión, que reciben de los obispos, son promovidos para servir a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan, para edificar constantemente la Iglesia en este mundo de modo que llegue a ser Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo "(PO. Intr.)". Esta iglesia está constituida y enviada para reunir en ella a todos los hombres y así hacer que la totalidad del mundo, a ella incorporada en Cristo, cabeza de todos, devuelva todo honor y gloria al Creador y Padre de los universos " (LG. 17). Ante nuestra mirada aparece, pues, Jesús el Señor a la cabeza de la familia de hermanos, hijos del Padre en él, incorporados a él en el Espíritu. Esta familia de hermanos, encabezada por el Primogénito está llamada a convertir en hogar común el universo, haciendo que llegue a ser también cuerpo de Cristo. Como declamos al principio, Jesús en su iglesia, peregrina en el mundo hacia el reino, es el lugar donde podemos descifrar enteramente el carisma y la misión de los apóstoles. Ellos, en grupo, en fraternidad apostólica, hacen camino detrás del Señor, como presencia alentadora de la iglesia y del universo, que se van incorporando a él, para alabanza de gloria del Padre.

#### Los apóstoles transparencia de Cristo Primogénito.

Los sacerdotes comparten el "servicio de los apóstoles" (*munus apóstolorum*) (PO. 2). El Señor Jesús, "a quién el Padre santificó y envió al mundo" (Jn. 10.36), les ha compartido su consagración y su misión. Los apóstoles, por ello, son la representación de Jesús, Primogénito de los hermanos y del universo.

Jesús es la representación del Padre, porque en él y mediante él, el Padre en su Amor se nos hace presente y se nos entrega. Más que representar al Padre, sustituyéndole; es el Padre quien se hace presente en él, transparentándose y entregándose. Su mediación es para la inmediatez. La representación debe ser comprendida desde el pensamiento judío, "el enviado de un hombre es éste mismo" (Berach. 5.5). Jesús es el Hijo enviado (Jn. 10.36; 17.18; 20.21). Al enviarle, el Padre le entrega todo su amor, es decir le consagra en el Espíritu. Consagración y misión son las dos dimensiones de la re-presentación y la re-velación. "El que me ha vis-

to a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14.19). "El que me ve, ve al que me ha enviado" (Jn.12.45). Pero el Jesús que hace el camino y atraviesa la Pascua comparte con sus apóstoles su misma unción y su misma misión. Estando en la cabecera de la mesa, partiendo el pan, antes de atravesar la pascua, se dirige al Padre y le dice. "Como tú me enviaste al mundo, así también los envié yo al mundo" (Jn. 17-18). Estando, en medio de ellos, después de haber atravesado la pascua, se dirige a ellos y les dice: "Como mi Padre me envió así os envío yo a vosotros". Dicho esto alentó y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn. 20.21-22). En su mismo Aliento, El Espíritu del Amor, el Aliento de su misma consagración, les envía en su misma Misión, reunir la familia de los hermanos en torno a la mesa, para entregar el reino al Padre. "Id a todos los pueblos", "a la creación entera", "hasta los confines de la tierra" (Mt. 28.19; Mc. 16.15; Hech. 1.8).

La re-presentación, es decir la presencia del Padre en el Primogénito, el Apóstol (Heb. 3.1), ungido y enviado en el Espíritu es com-partida y participada a los apóstoles. Ellos son la **re-praesentatio Christi**. En esta re-presentación se implica también la unción y la misión. El Aliento del Espíritu les unge y al ungirlos les envía. La iglesia a lo largo de los tiempos ha contemplado amorosamente este misterio de comunión de los apóstoles en su Señor. Y se ha servido de distintas expresiones para desentrañarlo,

- **La consagración.** El Padre ha ungido con el mismo Espíritu, con que ungió a Jesús, a los apóstoles que están incorporados a él. Son Ungidos del Ungido. Son apóstoles del Ungido, porque han sido ungidos por Cristo, con él y en él.
- **La configuración.** El Espíritu graba a fuego en los apóstoles la imagen de Cristo Cabeza, es decir de Cristo Primogénito, que se entrega a sí mismo por los hermanos. Son con-figurados con Cristo redentor crucificado, sacerdote y víctima.
- **La prolongación.** El apóstol, así configurado va llevando la presencia del Señor, la irradia, la prolonga a lo largo del tiempo y del espacio en las sendas de la iglesia y del mundo. Pero la prolonga no tanto, porque la refleja, sino porque la presencializa y la actualiza.
- **La instrumentación.** En la presencia se da la acción, la entrega. Los apóstoles son un instrumento vivo, por cuyas manos, el Señor se entrega él mismo a sí mismo. Su acción pasa por ellos para darse inmediatamente a los hermanos, y al universo, en camino hacia el Padre.

- La **"in-ex-sistencia"**. Los apóstoles, así consagrados y configurados, prolongación de la presencia e instrumentación viviente de la acción del Señor Primogénito y cabeza, existen por él, con él y en él, actúan por él, con él y en él. "En la persona de Cristo".
- La **"sacramentalidad"**. En este sentido el apóstol es signo personal y visible de la presencia invisible del Señor. Son el sacramento del Cristo Primogénito, el rostro visible de su rostro invisible, propiamente su transparencia aparecida y entregada.

Así se expresa la iglesia en sus palabras recientes. En el sacramento del orden, "los presbíteros por la unción del Espíritu Santo son sellados con un carácter especial y se configuran de tal modo con Cristo sacerdote, que pueden actuar en la persona de Cristo, Cabeza" (PO. 2.; cf. LG. 21,28; LG. 10; SC. 7). De este modo se descifra con la mayor hondura la identidad sacerdotal. El sacerdote ha sido "llamado por Dios en Jesucristo, consagrado por El con la unción de su Espíritu, enviado para realizar su misión en la iglesia". El punto central de referencia es Jesucristo, nuestro Señor, supremo sacerdote (Heb. 7,24; 8,1), ungido y enviado al mundo por el Padre (Jn. 10,36), para "continuar en el mundo la consagración y la misión de Cristo", actuando **"in persona Christi"**. . . Para realizar esta misión en la iglesia y en el mundo está sellado con la señal grabada "por el fuego del Espíritu, la imagen de Cristo", el "carácter sagrado que configura con Cristo sacerdote". "Comprended, pues, que la consagración, que recibís os absorbe totalmente, os dedica radicalmente, hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de Cristo en el mundo, prolongación de su presencia para gloria del Padre" (Juan Pablo II. Valencia. Homilía. 8-11-82). Los sacerdotes, son el "signo personal" de Cristo, la "transparencia de Cristo", para prolongarlo en su iglesia y en el mundo, en este mundo que está esperando y "necesita ver huellas claras del evangelio". Los sacerdotes de hoy y de mañana han de asumir, pues, "la gozosa tarea de hacer ministerialmente presente a Cristo ante la generación que prepara o que verá el tercer milenio de la era cristiana" (Juan Pablo II. Valencia. Mensaje. 8-11-82).

Como vemos, esta larga contemplación de la iglesia ha descubierto en el sacerdote a otro Cristo, "alter Christus", o mejor al mismo Cristo "ipse Christus". La comprensión evangélica de la re-presentación nos ha conducido a la luz del Espíritu a desentrañar así la última hondura del carisma apostólico. En la raíz están las palabras del mismo Señor. "*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*". (Jn. 14,9). El que os ve a vosotros, me ve a mí". El que me escucha a mí, escucha al Padre. El que os escucha a vosotros, me escucha a mí. "*El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió*" (Mt. 10,40; Jn. 13,20; Gal. 4,15). La re-presentación no es una identificación donde se borran las fronteras personales, sino es una comunión personal "en el ser, en el

obrar y en el estilo de vida de Cristo Sacerdote, para prolongarlo en la iglesia y en el mundo" (Juan Pablo II. Mensaje). En los apóstoles que llevan la persona de Cristo, "y existen y actúan en la persona de Cristo", el mismo Señor se representa a sí mismo en su entrega, como Hermano mayor de los hermanos y de la creación. Pero esta re-presentación es un "misterio", un "sacramento", signo visible de su amor invisible, gesto mediato, para su acción inmediata. Por eso el que hace las veces de Cristo es "símbolo de Cristo", "sacramento de Cristo", "transparencia de Cristo", "rostro de Cristo". Ahora bien, esta consagración es para la misión. Si la primera dimensión de la representación es la unción, la segunda es la misión. El que comparte el ser con Cristo, Primogénito y Cabeza de la familia y de la casa común, ha de compartir por lo mismo su camino, su obrar en el camino, para reunir con él la fraternidad y preparar con él la mesa compartida. Pero siempre que decimos con él (**cum ipso**), compartiendo con él la comunión, estamos diciendo por él (**per ipsum**), compartiendo con él la mediación, y sobre todo estamos diciendo en el (**in ipso**), compartiendo con él, en participación, su ser de Primogénito, que se entrega como siervo.

#### Hermanos que compartan la entrega de su obediencia

Los apóstoles, que han de existir desde el Primogénito, entregado como siervo, han de compartir en primer lugar su obediencia, el gesto central de su misterio y de su camino. Para que la vida y servicio de los apóstoles, quede centrada y unificada, han de vivir desde el Hijo entregado, en su obediencia de inmolación por los hermanos, para alabanza de gloria del Padre.

El Hijo entregado es "el principio" y "la fuente" de la vida apostólica. Pero como el Hijo consume su entrega en la pascua y ésta se hace presente en la eucaristía, podemos decir también que es en la mesa del Señor, en la entrega pascual del Primogénito, como siervo, donde los sacerdotes encuentran "el principio" y "la fuente" de su vida. Es allí donde se asocian a su obediencia para su servicio y su alabanza. Conviene que nos adentremos en esta comunión.

Los sacerdotes, que participan del servicio apostólico, parten de la mesa del Señor y a ella retornan. Pues en el sacrificio de Cristo, el único mediador, que se ofrece y se entrega por sus manos está el centro "hacia el que tiende y en el que se consume el servicio de los presbíteros" (Po.2). Efectivamente parten de la mesa para anunciar el evangelio que ha de reunir a los hermanos en la familia, para santificarlos en su amor. Así los hermanos podrán retornar al Padre en ofrenda de alabanza a la que incorporan y arrastran al universo entero, adentrándose en la ofrenda del gran sacerdote, que se ofreció a sí mismo por nosotros en la pasión, para que fuéramos el cuerpo de tan sublime cabeza (Po.2). Todo este don, que

parte de la mesa y a la mesa retorna, no es más que la entrega pascual del Hijo amado, aparecido como siervo. "todo mana de la pascua de Cristo" y por ello el servicio de los presbíteros toma su fuerza y su fecundidad en el sacrificio de Cristo" (PO.2). En esta entrega del misterio pascual "se hace presente la victoria y el triunfo de su muerte" (SC. 6), el sacrificio de la cruz, convertido en cena pascual (SC. 47) y por ello se realiza en esta entrega la "perfecta santificación del hombre", es decir, su perfecta liberación y comunión en el Hijo amado y la "perfecta glorificación de Dios", es decir, la perfecta alabanza de gloria por medio del Hijo amado (SC. 7). Por eso en esta mesa del Señor está "la fuente y la culminación de toda evangelización" (PO. 5; cf. SC.10).

### **Los apóstoles ofrecen sus manos para que El se entregue a sí mismo.**

Es el gesto último, central y exhaustivo de los presbíteros. Ofrecen sus manos al Señor, Primogénito de los hermanos y de la creación, para que se de él mismo como Cabeza, para que se dé a sí mismo como víctima, entregándose en todo su ser con todo su amor. "El cual, cuando iba a ser entregado a su pasión voluntariamente aceptada, tomó el pan, dándote gracias lo partió y lo dió a sus discípulos diciendo: "Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros". Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos diciendo: "Tomad y bebed todos de él porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de los pecados" (Plegaria Eucarística II). Los presbíteros corporeizan y visibilizan con sus manos extendidas y abiertas el gesto de la entrega del Señor que se da a sí mismo entre estas mismas manos. Vamos a contemplarlo más de cerca.

El ministerio de Cristo (**munus Christi**), como sumo sacerdote (Heb. 5.1-10; 7.24; 9.11-28) y único mediador (1 Tim. 2.5) es compartido a los sacerdotes. Y este ministerio, ejercido en la Pascua y en la Mesa, es compartido a ellos para que lo ejerzan sobre todo en la asamblea eucarística. Allí corporeizando al Primogénito, que está a la cabecera de la mesa, "obran en la persona de Cristo", proclamando y entregando su misterio. Pues "re-presentan" y "aplican" el "*único sacrificio de la nueva alianza es decir Cristo que se ofrece a sí mismo de una sola vez como víctima sin mancha*" (cf. Heb. 9.11-28), hasta que vuelva (cf. 1 Cor. 11.26). La obediencia del Hijo mayor, iniciada en las entrañas del Padre, desde antes de los siglos, se consuma, consumando el tiempo en plenitud, cuando sucede en la travesía pascual. Es la absoluta obediencia para la absoluta entrega, donde aparece la absoluta gracia. Padre, aquí estoy por ellos, para alabanza de gloria de tu gracia. (Is. 6.8; Jn. 17.19.24; Heb. 10.5-7). En esta obediencia hay tres momentos. En primer lugar las manos abiertas y puestas entre las manos del Padre. "*Aquí estoy*". En segundo lugar, las

manos abiertas, ofrecidas a los hermanos. "Por ellos". Por fin, de nuevo, las manos abiertas y levantadas al Padre recogiendo a los hermanos y la casa común. "Gloria a tu gracia". Es el "sí" del Hijo Primogénito (2 Cor. 1.18-19; Heb. 10.7), que se entrega al Padre (Jn. 5.30), para dar la vida por los hermanos (Jn. 10.11), consumándola en el sufrimiento pascual (Heb. 5.8). Es su fidelidad al Padre, que se hace fidelidad a la humanidad y al universo, haciendo aparecer, así su misericordia entrañable.

En la persona del servidor (**in persona ministri**) está presente (**praesens adest**) el Hijo entregado, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz" (Trid. s. 22; SC.7). Los presbíteros en la eucaristía sostienen, so-portan (**gerunt**) "la persona de Cristo, que se entregó a sí mismo como víctima para santificar a los hombres" (PO.13). Los apóstoles al ofrecer sus manos al Señor para que él mismo se entregue a sí mismo, entregan a la iglesia y al mundo todo su bien, el único bien, el absoluto bien, el total bien, "es decir el mismo Cristo, nuestra pascua y el pan vivo, que da vida a los hombres por su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo" (PO.5). En este don, que es la pascua del Señor, sucede al tiempo la pascua de la iglesia y la pascua del universo. Se "realiza la obra de nuestra redención". El Primogénito que se entrega a sí mismo como siervo es el rescate de esta redención, es decir de la liberación para la comunión. Por ello los presbíteros pasan de la "entrega a Cristo" a la "entrega de Cristo", de la "fidelidad a Cristo" a la "fidelidad de Cristo". (Juan Pablo II. Valencia. Seminaristas). Es decir se entregan al Señor para que el Señor se entregue él mismo a sí mismo en toda su ternura entrañable de la alianza, que ahora se ha dado como alianza nueva y eterna. Ahora bien, esto no debe suceder, sin que ellos comulguen hondamente en la entrega sacrificial del mismo Primogénito, tomando parte en su obediencia de inmolación para alabanza de gloria.

**Los apóstoles pasan sus manos a las manos del Primogénito, para ser entregados por él y con él y en él.** Es posible que el Señor entregue su entrega por medio de nosotros, sin que nos asociemos nosotros; en nosotros, pero sin nosotros. Ahora bien, los presbíteros que prestan sus manos al Primogénito para partir su pan a la cabecera de su mesa, han de asociarse también íntimamente a su propia ofrenda, hasta que suceda que ya no vivan ellos, sino el Señor en ellos (Gal. 2.22), para que su presencia sea una pura transparencia de la entrega del Señor. Se trata de compartir su misericordia entrañable, asociados a su amor en la unidad del Espíritu, para que así puedan compartir su obediencia de inmolación para alabanza de gloria, "la obediencia de caridad pastoral" (Juan Pablo II. Valencia. Seminaristas). En la fracción del pan, los presbíteros "son incorporados a la intención y a la caridad de Cristo". Con él se entregan al Padre, para ser entregados con él por los hermanos. "De tal modo que mientras los presbíteros se unen (**con-iungunt**) al acto de Cristo sacerdote, diariamente se ofrecen por entero a Dios y, al alimentarse con el cuerpo de Cristo,

toman parte desde el corazón (**ex corde**) en la caridad de Aquél, que se entrega como alimento a los fieles" (PO. 13). Es así como pasan de la dispersión a la concentración y de la concentración a la unificación, al "más profundo centro", al "Amor del Cristo entregado".

Los presbíteros, que pasan así a manos del Primogénito comparten su "amén" (2 Cor. 2.20). El lo dice en ellos y ellos lo dicen en él, en la unidad del Espíritu Santo. En primer lugar comparten el "*aquí estoy*", reconociendo la voluntad del Padre y entregándose a ella (Jn. 3.34). En segundo lugar, comparten el "*por ellos*", entregándose "en el don de sí mismos" a los hermanos que les han sido confiados (1 Jn. 3.16). En tercer lugar comparten la "*alabanza de gloria*" (Heb. 7.25). De este modo los presbíteros se incorporan a la obediencia al Padre, convertida en servicio a los hermanos, es decir a la "caridad pastoral" (PO.14). Esta "caridad pastoral" (Agustín. In Ioan. 123.5), "fluye sobre todo del sacrificio eucarístico", que se convierte así en "el centro y la raíz" de la vida de los presbíteros, "de modo que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma (**in se referre**) lo que se hace en el ara sacrificial" (PO. 14). En este gesto de obediencia de inmolación la vida se unifica y el camino se hace y se consume. Pues la eucaristía es "la raíz y la razón de ser" del sacerdocio. (Juan Pablo II. Valencia. Sacerdotes). Desde las manos abiertas del Primogénito, entregado como siervo, en el pan y el cáliz de la pascua, convertida en mesa, los presbíteros se existen a sí mismos, existen todo su ser para recorrer todo su camino.

"La eucaristía se convierte así en el misterio, que debe plasmar interiormente vuestra existencia. Por una parte ofreceréis sacramentalmente el cuerpo y la sangre del Señor. Por otra, unidos a él —"**in persona Christi**"— ofreceréis vuestras personas y vuestras vidas para que asumidas y como transformadas por la celebración del sacrificio eucarístico, sean exteriormente también transfiguradas con él, participando en las energías renovadoras de su resurrección". (Juan Pablo II. Valencia. Sacerdotes). Es asombrosa la comunión. Por una parte los presbíteros actúan "**in persona Christi**" para entregar la entrega, que el mismo Primogénito y Cabeza de los hermanos hace de sí mismo. Por otra, pasadas sus manos a las manos del Primogénito, la entrega de su vida en la de El, está tan íntimamente asociada a él, que es tomada "**in persona Christi**", para que el Señor la entregue como suya, en el don de sí mismo. Por una parte los presbíteros sostienen las manos del Señor para que se dé a sí mismo; por otra el Señor sostiene las manos de los presbíteros para que éstos se den en la misma entrega que el Señor hace de sí mismo. Esta comunión en la mesa des-vela todo el camino, pues la mesa se hace camino y después el camino se convierte en mesa. "Será la eucaristía culmen de vuestro ministerio de evangelización (PO.4), ápice de vuestra vocación orante, de glorificación de Dios y de intercesión por el mundo. Y por la comu-

nión eucarística se irá consumando día tras día vuestro sacerdocio" (Juan Pablo II, Valencia. Sacerdotes).

El gesto de la obediencia de inmolación para alabanza de gloria, la "obediencia de caridad pastoral" es el gesto que convierte la vida apostólica en "oración continua", alentándola con "la abundancia de la contemplación" (LG.41). Los apóstoles se adentran así en el gesto sustancial de la ad-oración, el gesto de María ("ecce-fiat-magnificat"), que guiada por el Espíritu Santo se consagró a sí misma por entero al misterio de la redención de los hombres". El "amén" del **Per ipsum et cum ipso et in ipso** se prolonga a lo largo del camino y de las horas, "prestando su voz a la iglesia, que persevera en la oración, en nombre de todo el género humano, juntamente con Cristo, que vive siempre para interceder por nosotros (Heb. 7.25)" (PO.13). Pero para esta asociación tan profunda a la oración de Jesús, Primogénito entregado como siervo, hay que vivir en oración continua, preparando y continuando la asociación a su obediencia en los encuentros sacramentales. No se puede convertir la vida en eucaristía, ni la eucaristía en vida "si los sacerdotes mismos no penetran, por la oración, cada vez más íntimamente (**semper intimius**) en el misterio de Cristo" (PO. 14).

Los nuevos apóstoles de la iglesia han de ser profundamente contemplativos. Para mantener las manos abiertas al Padre por los hermanos y a los hermanos para el Padre, en la mesa convertida en camino y en el camino convertido en mesa, han de disponerse a vivir siempre "bajo la mirada del Padre", en la oración continua del Primogénito a quien hacen presente. El "amén" sólo se mantiene a lo largo de las horas, permaneciendo entre las manos de Jesús, en la llama de Amor viva del Espíritu, si durante ratos largos, muy largos, horas enteras, los apóstoles permanecen junto a él en entrega y diálogo de amor, viviendo de su palabra para existir desde su Espíritu. Los presbíteros busquen y pidan "aquel espíritu de verdadera ad-oración, por el que ellos mismos, junto con el pueblo que se les ha confiado, se unan íntimamente a Cristo, mediador del nuevo testamento y puedan así gritar como hijos de adopción "Abbá. ¡Padre!" (Rom. 8.15), (PO.18). El "Padre nuestro", que gritamos en la cena, cuando bajo el rostro del Cristo pascual nos sentimos y somos hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano, incorporados a él, en el mismo Espíritu, que ora en nosotros, es el aliento de toda la oración apostólica. "Padre nuestro. Venga tu reino. Hágase tu voluntad. Danos el pan del mañana. Perdónanos. Líbranos del maligno. Porque tuya es la gloria y el poder."

Consentir con el Espíritu que grita en nosotros con gemidos inenarrables el "Abbá" y el "Marana tha" por la iglesia y por el universo, es la oración de la obediencia de inmolación para alabanza de gloria, "la obe-

diencia de la caridad pastoral". Muchas veces a solas, en el silencio. Entrada ya la noche o mucho antes del amener. Para luego, a lo largo del camino mantener la mirada en el Padre y las manos en los hermanos, o la mirada en los hermanos y las manos en el Padre. Sólo pisando sobre las mismas huellas de la oración del Primogénito obediente y entregado, orantes y contemplativos en la sobreabundancia de su Espíritu, podremos adentrarnos en los caminos para "el seguimiento amoroso", para el "seguimiento definitivo", para la "participación permanente" en su misión. La fraternidad apostólica que ora la oración de Jesús, comulgando intensamente en la obediencia de su contemplación, en la mesa y en el camino, se convertirá entonces en la presencia alentadora, que alentará a la iglesia, peregrina en el mundo, a ser una iglesia de la contemplación, de la absoluta obediencia para que en ella aparezca la misericordia entrañable de la absoluta gracia. Pues sólo los apóstoles contemplativos pueden en la fuerza del Espíritu avanzar después en las huellas de la encarnación, que se convierten en comunión para la liberación y que se consuman por fin en la pascua. Pues la "caridad pastoral" se convierte entonces en "norma" y "aliento" de todos sus pasos sobre las huellas del Primogénito entregado.

### **Hermanos, que compartan la entrega de su encarnación**

Jesús, el Señor, el Primogénito entregado como siervo está sentado a la cabecera de la mesa, entregándonos toda su entrega en el pan y en la copa. Pero se levanta para re-hacer de nuevo su camino. Y ahora va adelante, reuniendo la familia de la iglesia en torno a la mesa del reino, que ya ha empezado y que se consumará. Los apóstoles van de su mano como la transparencia de su rostro, como su presencia alentadora. "Mas como Cristo consumó la obra de la redención en pobreza y en persecución, así también la iglesia está llamada a adentrarse en el mismo camino" (LG.8). Para reunir la familia y preparar la mesa, el Señor bajó a las partes más bajas de la tierra, mostrando un amor preferencial por los pequeños, a los que quería sentar a la cabecera. En efecto "Cristo fué enviado por el Padre a *"evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos"* (Lc. 4.18), *"para buscar y salvar lo que estaba perdido"* (Lc. 19.10). Por ello los pobres son un lugar de encuentro, para el camino de la iglesia hacia el reino. La iglesia los acoge con el amor del Primogénito, abrazando "a todos los afligidos por la debilidad humana". Pero a su vez la iglesia en ellos es acogida con el amor del Primogénito, ya que en ellos aparece "La imagen de su Fundador pobre y paciente" (LG.8). Por eso los pobres de lugar de encuentro se convierten en camino. El Señor, presente en los pobres, donde llama y alienta a su iglesia, la invita a compartir el camino de su despojo (2 Cor. 8.9) y de su vaciamiento (Fil. 2.6). Se explica, pues, que los apóstoles, que están llamados a seguir el camino de Jesús sobre sus mismas huellas están pro-vocados a pisar los senderos de su encarnación "Sean invitados (los presbíteros) a abrazar la pobreza voluntaria". Al hacerlo" se conforman con Cristo más manifiestamente. "El rostro de

Cristo en ellos se des-vela y se re-vela con más claridad cuando avanzan por las sendas de la encarnación. Pero además "se hacen más disponibles para el ministerio sagrado" (Po. 17). Con los pies descalzos pueden compartir más hondamente el mismo encargo del Primogénito entregado.

La encarnación de Jesús es un gesto de su misericordia entrañable. "¡Qué pronto se hace pobre aquél que ama!". Al ser amado por el Padre, para que diera su amor a todos, empezando por los pequeños, su amor era una gravitación, gravitaba hacia donde estaba su herencia. Los apóstoles son testigos seducidos por el Señor. La pretensión de ganar la vida es una seducción de este mundo. Pero después que los apóstoles han visto al Cristo pobre y crucificado, ya no necesitan más. Solo él, exclusivamente él, totalmente él. "El Señor es su "porción y herencia" (Nú., 18.22 citado PO.17). "En el Cristo pascual han encontrado la familia reunida, la mesa común, los pequeños a la cabecera, es decir, el reino mismo anticipado. Según la parábola, el que encuentra el tesoro escondido "por la alegría que le da, vende todo lo que tiene" (Mt. 13.43.46). El Cristo pobre y crucificado se ha convertido en el único tesoro y la única herencia. "Lo que antes tenía por ganancia, lo consideró pérdida, si ciertamente todo lo consideró pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrificué y lo tengo por basura" (Fil. 3.7-8). Los apóstoles al existir en las entrañas de Cristo (Fil. 1.8), gravitan hacia donde gravitan sus entrañas, hacia la mesa compartida, donde todos los hermanos y los más pequeños sobre todos son sus propias entrañas (cf. Fil. 20). La gravitación es como un peso (cf. 1 Cor. 9.16) que seduce a pisar sobre las huellas del Señor entre sus pobres.

**El paso a las tiendas de campaña.** La encarnación del Primogénito es una entrega que consiste en primer lugar en un cambio en el estar en un descenso desde las entrañas del Padre (Jn. 1.18) a "las partes más bajas de la tierra" (Ef. 4.9). La iglesia para adentrarse en este descenso ha de poner sus tiendas de campaña allí donde están los más pequeños (Mt. 11.5). Desplazarse de "lo fuerte" a "lo débil", de "lo sabio" a "lo necio", del "ser" al "no ser", a la "nada" (cf. 1 Cor. 1.26.31). Es verdad que es una familia grande donde todos son llamados y acogidos, el "sacramento universal de salvación", la "fraternidad universal", pero eso sólo puede serlo desde los últimos, llegando a ser la iglesia pobre de los pobres. "Fraternidad universal" y "fraternidad de los pequeños" no se oponen sino que se implican. Pues el Padre por medio del Primogénito ha acogido a todos desde los últimos, ya que "eligió la flaqueza del mundo" (1 Cor. 1.27 citado por PO. 15), para desarticular este mundo viejo que pretende ganarse la vida, apoyándose en el tener, el poder y el saber y hacer aparecer la nueva creación en la gracia del Hijo crucificado, que ha congregado a todos, incorporando primero a los últimos. La iglesia quizás necesite hoy una nueva corporeización estructural, para expresar esta comunión de la mesa compartida, donde los poderosos son derribados de los

tronos y enaltecidos los humildes, donde los hambrientos son colmados de bienes y los ricos despedidos del vacío (Lc. 1.52-53). En el paso a las tiendas de campaña, en pobreza interior y colectiva, la iglesia podrá adentrarse en las sendas de la encarnación.

Los apóstoles, en fraternidad, serán su presencia alentadora. Los presbíteros están llamados, en primer lugar a aproximarse al lugar de los pequeños. "Que eviten todo aquello que de algún modo puede alejar y distanciar a los pobres (*avertere*)". Por ello no sólo habrá que dejar el puesto de la gloria, la gloria confundida, sino hasta la apariencia, toda apariencia de gloria, en todas aquellas realidades, que constituyen su puesto en la vida. A ello se sienten "conducidos por el Espíritu del Señor, que ungió y envió al Salvador a evangelizar a los pobres" (Lc. 4.18). Y son conducidos y urgidos con más apremio que el resto de los seguidores "yendo delante de todos los demás discípulos de Cristo" (PO. 17).

Al descender al lugar de los pequeños, han de poner su tienda en el último de los últimos lugares, porque solo allí su mesa está abierta a todos, y hasta los más pequeños de todos, hasta los últimos, pueden acercarse a ella con confianza y libertad. "Dispongan su morada de tal manera que a nadie sea inaccesible (*impervia*) y que nadie, nunca jamás, aun el más humilde, tenga miedo de frecuentarla" (PO.17). Las palabras son vigorosamente expresivas. La morada (*habitatío*) hace resonar "el puso su tienda (*habitavit*) entre nosotros ". El "nadie, nunca" nos habla del último lugar como posibilidad para la fraternidad universal incesante. "El más humilde" aparece como la referencia más importante. Se trata de que los últimos tengan acceso confiado, pero no sólo para visitarla, sino para frecuentarla en la familiaridad. Parece, pues, que son los obispos y presbíteros los que han de iniciar el éxodo hacia las partes más bajas de la tierra para pisar las huellas del mismo Señor, que quiso entregarse bajando, para servir como "*el último de todos*" y "*el servidor de todos*" (Mc. 9.35).

**Sin llevar alforja ni cayado.** Ya vimos de cerca cómo el Señor, no sólo puso su choza entre los pobres, sino que para dar a todos la ternura de su misericordia se entregó ofreciendo todo lo que tenía en la pérdida del despojo, en la ofrenda de la debilidad y en exceso de la locura. (1 Cor. 1. 23-25). La iglesia ha de adentrarse también por este camino de la encarnación que además de un descenso en el estar, exige un despojo del tener. Los apóstoles, en fraternidad, debieran ser su presencia alentadora. En el mundo se pretende ganar la vida, porque existir es "serse" y para ello hay que tener, poder y saber. Sólo así se puede llegar a la autonomía y a la autarquía. Pero el Cristo pobre y crucificado seduce a los apóstoles por otro camino: la libertad para la gratuidad. La "autarquía" de los apóstoles es sólo El, exclusivamente El, totalmente El. "*Todo lo puedo en aquél que me conforta*" (Fil. 4.14). "No necesito más. Conozco a Cris-

to pobre y crucificado" (Francisco de Asís). Sólo el Señor basta. El es para los apóstoles todas las cosas. Entonces todas las cosas se han hecho innecesarias. Han sido descubiertas como gracia que hay que dar en gratitud y gratitud.

Los apóstoles, por tanto son llamados al despojo de la riqueza. "*Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis*". No llevéis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias ni bastón, porque el obrero es acreedor a su sustento" (Mt. 10.8.10). Pablo ha renunciado a todo derecho. "*Si evangelizo no es para mi motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. . . Si lo hago por fuerza, es como si ejerciera una administración, que me ha sido confiada. ¿En que está, pues, mi mérito? En que al evangelizar lo haga gratuitamente, sin hacer valer mis derechos por la evangelización*" (1 Cor. 9.16-18)." "*No he codiciado plata, oro o vestidos de nadie*". "*Vosotros sabéis que a mis necesidades y a las de los que me acompañan han sustentado estas manos*" (Hech. 20.33-34). Estos textos parecen sugerir que el despojo de los pobres es precisamente el lugar donde el evangelio de la gracia puede aparecer como gracia. "Los presbíteros siéntanse invitados a abrazar la pobreza voluntaria, para asemejarse más claramente a Cristo y estar más dispuestos para el ministerio sagrado. Porque Cristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para que fuéramos ricos con su pobreza (cf. 2 Cor. 8.9). Y los apóstoles, manifestaron con su ejemplo, que el don gratuito de Dios hay que darlo gratuitamente (cfr. Act. 8.18-25)" (PO. 17). Se hace necesario romper decididamente con el comercio (mercatura), con la acumulación (acumulatio) y hasta con la misma ambición (cupiditas) del dinero (PO. 17) para que la misericordia entrañable, que se entrega en el servicio apostólico, aparezca como absoluta gracia.

Los apóstoles, junto con el despojo de la riqueza, han de aspirar al despojo del poder. La entrega que el Señor hace de sí mismo es gracia en fuerza, la fuerza de la gracia. Pero esta fuerza se puede confundir con el poder de este mundo. Si es que la gracia es incluso poder (eksousía), de ninguna manera es dominio sino gratitud para la gratitud. Sin embargo con frecuencia se confunde con el poder mundano y entonces corre el peligro de comercializarse. Es interesante para los poderosos de este mundo, que intentan conseguirla por dinero, para pactar con ella. "*Adquirir el don de Dios. . . por dineros*" (Ac. 8.9) es una posibilidad, que nos es conocida desde la primera hora de la iglesia. Puede darse también otra lectura, que ha existido en la historia de la iglesia. Podríamos pensar que para la inserción histórica y pública de la gracia hay que servirse de las plataformas de poder de este mundo. Corremos el riesgo de pensar como algo natural, que sólo se puede servir al hombre y ofrecerle la última Gracia desde el poder. La gracia, en otras ocasiones, nos ha venido dada por los senderos de la inserción histórica en las plataformas de este mundo; ahora, al madurar la humanidad —como fruto de la Pascua de Jesús—, y hacerse autónoma, y por el paso del Señor por la iglesia, en este tiempo

inédito, parece que ya no sería legítimo repetir ese camino. Y sin embargo la palabra del Señor continúa siendo viva y directamente dirigida a nosotros. Los poderosos de las naciones las oprimen y subyugan. Entre los discípulos no ha de ser. *"El que de vosotros quiera ser el primero de todos, sea siervo de todos, pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos"* (Mc. 10. 44-45). No es posible, pues, "con-figurar-se" con el poder de este mundo (Cf. Rom. 10.2). Rompiendo al tiempo con la voluntad de poder y las estructuras de poder, los apóstoles en fraternidad, si son seducidos por el Señor, y gravitan en su misericordia, podrían tomar el despojo de los oprimidos, como forma de aparición de la ab-soluta gracia.

**En camino hacia la desnudez de la cruz.** Las huellas de la encarnación del Señor, Primogénito entregado como siervo, son todavía más hondas y más transparentes. Para hacer aparecer su entrega no sólo descendi en el estar y se despoja del tener, sino que se vacía en el ser. La obediencia de inmolación para alabanza de gloria conduce a la iglesia a esta humildad y a este vaciamiento, para poder sentir en nosotros lo que sintió Cristo Jesús, que *"se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo. . . hecho obediente hasta la muerte"* (Fil. 2.7-9 citado en PO.15). Si los apóstoles han de transparentar este rostro, entonces han de abrazarse en primer lugar con la fragilidad, allí donde el barro de los hermanos está más quebrado y desestimado. Porque, "se sabe" lo que "se experimenta", por eso los apóstoles, si abrazan el estado de pobreza, que conoce la intemperie y la necesidad, si se adentran, en camino sin retorno, en la amarga realidad de los pobres, no con las espaldas cubiertas ni por temporadas, si renunciando a toda estrategia se abisman en la irrelevancia e ineficacia de los pequeños, empezarán a tomar la forma del Primogénito aparecido como siervo para ser entregado en rescate. Pero habría que abrazarse, en segundo lugar, con la negatividad, con el pecado personal y colectivo, no sólo propio, sino de cada hermano, de la iglesia y del mundo.

Los apóstoles, si por una parte renuncian al "purismo", y por otra no tienen miedo a ser signos de contradicción y se adentran en el corazón de los conflictos, desde el testimonio gratuito, sin ninguna agresividad y alegrándose del abandono, podrán ver diseñados en sus rostros los rasgos del siervo crucificado. Es entonces, cuando siendo una peligrosa memoria de Jesús, pueden tener la dicha de ser arrojados fuera de las murallas como basura o ser maltratados en el escenario de la historia como malhechores, peligrosos y despreciables (cf. 1 Cor. 4.9-13). Al tomar la forma de siervos en el rostro de los pobres, despojados y oprimidos, más todavía en el rostro de los malditos, maltratados y destrozados, haciéndose vulnerables a toda forma de fragilidad y negatividad de los hermanos y del mundo, podrían ser la aparición del Primogénito que baja, se despoja y se vacía para extender las manos ante nosotros y cerrarlas sobre nosotros,

en comunión indisoluble, sin que ninguna sombra nuestra se escape ya de sus manos abiertas y enclavadas. Es así como los apóstoles, en fraternidad, serán presencia alentadora, que alienta a la iglesia hacia las huellas de la encarnación para avanzar después a las huellas del servicio, que se consuma en la travesía pascual. "Entonces, ¿por qué tantas dificultades en dejar la fase, importante pero insuficiente, de la reflexión, de las declaraciones o protestas para hacernos de veras pobres con aquellos que carecen de todo?" (Juan Pablo II. Cuaresma'82).

### **Hermanos, que compartan la entrega de su servicio**

Jesús, el Señor, el Primogénito entregado como siervo está sentado a la cabecera de la mesa, entregándonos toda su entrega en el pan y en la copa. Pero sus brazos están extendidos para hermanarnos a todos, para reunir en torno a la mesa a todos los hermanos, que estaban dispersos. Los apóstoles son la transparencia de su rostro y de sus brazos extendidos. "Llevando su presencia" han de levantarse de la mesa y después de bajar hasta abajo han de salir a los caminos para llamar a los hermanos, para ofrecerles la misericordia entrañable del Primogénito y, si la acogen, entrañarlos así en su fraternidad. La fracción del pan, que condujo a la encarnación les conduce ahora al servicio. Si la eucaristía es su forma de existencia, entonces la kénosis y la diakonía son gestos de la misma eucaristía. Ellos ejercen el "encargo" y el "servicio" del Primogénito, Cabeza y Pastor. Por ello han de ponerse en camino para reunir a los hermanos en la "familia de Dios" para que llegue a ser "una fraternidad animada en la unidad". Después irán delante conduciéndola por las huellas de Cristo, en el Fuego del Espíritu, hacia la mesa del reino del Padre (LG. 28). El Primogénito, que se ha entregado al Padre por los hermanos es para que los hermanos queden envueltos en la ternura entrañable del Padre, consagrados en su fidelidad (Jn. 17.17). Por ello "el servicio a los hombres no es una dimensión distinta de vuestro sacerdocio: es una consecuencia de vuestra consagración" (Juan Pablo II. Valencia. Sacerdotes).

### **Los apóstoles se entregan con el Primogénito para hermanar a todos**

Los hermanos están en primer lugar esclavizados y enfrentados por las cadenas del pecado, la idolatría convertida en opresión. Jesús, el Hermano mayor ha salido a los caminos para redimirlos de esta última esclavitud entregándoles su gracia como perdón en la palabra del evangelio. **El mismo** en su entrega de profeta es el signo, evangelio evangelizado, que se hace **palabra**, palabra que de ser acogida por los hermanos en la **conversión**, les adentra en la **comunión** de su filiación y fraternidad para la dinámica del **compartir**.

Los apóstoles son en primer lugar profetas de la palabra del evangelio por Cristo, con él y en él. Ellos mismos han de convertirse en evangelio viviente, en signo personal de Jesús, el peregrino itinerante que recorrerá las ciudades, pueblos y las aldeas anunciando el evangelio del reino. Los profetas en el Profeta, los mensajeros en el mensajero, los heraldos en el heraldo, han de dejarse penetrar por el mensaje que anuncian. Para entregar a los demás la palabra del evangelio, han de contemplar primero lo que han de anunciar después. Han de "escuchar" para ellos la palabra y "acogerla en sí mismos". De este modo, "saborean más profundamente" "las insondables riquezas de Cristo" (Ef. 3.8) y la "multiforme sabiduría de Dios" (cf. Ef. 3.9-10), para poder llegar a ser la transparencia de Jesús, el Profeta de los caminos el evangelizador evangelizado. Pues en el mismo acto de entregar la palabra "están unidos (**coniunguntur**) más íntimamente con Cristo Maestro y son conducidos (**ducentur**) por su Espíritu. Comulgando así con Cristo toman parte en la caridad de Dios cuyo misterio, escondido desde antes de los siglos, se ha revelado en Cristo" (Ef. 3.9) (**PO.13**). Los apóstoles se convierten en "signo personal" del Mensajero de la buena noticia, del Maestro del mensaje. Están asociados a él, en la unción de su mismo Espíritu. Y por ello el misterio del Padre, que es su Hijo amado, Palabra escondida en su seno desde antes de la creación del mundo, se convierte en palabra expresada y entregada en los labios de los apóstoles. En esta hora de gracia, los presbíteros han de prestar su voz al Profeta del Reino de Dios, al mensajero del evangelio, escuchando por dentro su palabra, que será para ellos el alimento que les sostenga y les dé vigor (**DV.21**). Su existencia se transfigura en evangelio viviente en la medida que se configuren con el Maestro en la novedad de su humanidad y fraternidad. Los sacerdotes han de ser "hombres nuevos, que sepan responder a las exigencias de una nueva etapa de evangelización" (Juan Pablo II. Valencia. Seminaristas). Incorporados a las entrañas de Cristo, conmovidos al ver a los hombres, podrán amar con amor de padres a los hermanos, hijos suyos muy amados, a los que desean evangelizar. "Así llevados de nuestro amor por vosotros queremos daros no sólo el evangelio de Dios, sino aun nuestras propias vidas. Tan amados llegasteis a sernos" (1 Tes. 2.8).

Las cadenas, que esclavizan y enfrentan a los hermanos, en sus últimas raíces, son las cadenas del pecado y éstas sólo se rompen en la redención más radical, con la entrega de la gracia del perdón, convertida en palabra del evangelio, que llama a compartir la comunidad de mesa. "Los presbíteros. . . tienen como primer deber evangelizar a todos el evangelio de Dios" (2 Cor. 11.7), para que siguiendo el mandamiento del Señor "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura (Mc. 16. 15) constituyan y hagan crecer el pueblo de Dios" (**PO.4**). Efectivamente la familia del Padre se reúne ante todo por su palabra viviente, el verbo de la verdad que engendra la iglesia ( 1 Pedr. 1.23; Hech. 6.7; 12.24;

Agust. In Ps. 44.23). "A todos les deben "la verdad del evangelio" (Gal. 2.5). Al entregar la palabra no la pueden instrumentalizar a la ideología del grupo en el que se insertan ni reducirla a sus intereses. En la evangelización, en la catequesis, en la iluminación de las situaciones, "dadles el verdadero pan de la palabra, en la fidelidad a la verdad de Dios y a las enseñanzas de la iglesia" (Juan Pablo II, Valencia. Sacerdotes). Esto incluye la inserción en la historia para la creatividad de cada instante. "Debéis transmitir el evangelio de forma que penetre a fondo en la inteligencia y en el corazón de vuestros creyentes y que se encarne en toda cultura y situación humana, personal y social". . . Abriéndose a "las nuevas luces y gracias, que Dios concede a su iglesia, en cada época histórica, para responder a situaciones humanas nuevas" (Juan Pablo II, Valencia. Seminaristas). La palabra que se anuncia es la "Palabra encarnada" y por tanto situada en la in-culturación y en la in-novación de cada paso y de cada instante del camino.

La misericordia entrañable del Primogénito, hecha palabra en los labios de los apóstoles alcanza al corazón de los hermanos. "La fe viene por el oído y el oír viene porque se ha anunciado la palabra de Cristo" (Rom. 10.17). La palabra pro-voca y suscita la fe, la obediencia de la fe, es decir la entrega incondicional al Primogénito para compartir con él la vida y el camino. Pero eso los apóstoles no sólo han de anunciar el evangelio, sino también educar en la fe. Los que reciben al Hijo amado, creyendo con el corazón y confesando con los labios, llegan a ser con él hijos y hermanos, que han de seguir las huellas del Mayor, configurándose con él en plenitud. Por eso los apóstoles han de ser Pastores en el Pastor, "educadores de la fe", que ayuden a los hermanos a vivir cada vez más hondamente la liberación y la comunión del Primogénito, es decir su libertad para su fraternidad. Les han de ayudar a descubrir además qué carismas y qué diakonía han recibido cada uno de manos del Mayor en la unidad del Espíritu. Y después ayudarles a adentrarse en la comunión de su gesto más hondo, la obediencia de inmolación, para alabanza de gloria. La palabra del evangelio, anunciada por los apóstoles ha con-vocado a los hermanos, les ha con-gregado. Más todavía les ha dado la comunión en el Hijo. Más todavía les ha dado un gesto del Hijo, el carisma para el servicio. Y en esta incorporación a la obediencia para el servicio, les ha incorporado a la comunidad.

En el anuncio del evangelio, el Señor mediante las manos de los apóstoles, acoge a todos y los entraña en el cuerpo de su iglesia. Podemos decir pues que todas las tareas ministeriales de los sacerdotes "se resumen en una: reunir la comunidad que os será confiada en la alabanza de Dios Padre, por Jesucristo y en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo, sacramento de la salvación" (Juan Pablo II, Valencia. Sacerdotes). Los apóstoles están enviados y encargados de "formar una auténtica comunidad" (PO.6). Su centro, su raíz y su quicio es la cena del Señor, sus ma-

nos abiertas con el pan y la copa compartidos. De la mesa parte todo el aliento de comunión, todo el "espíritu de comunidad", que hace que los hermanos, que se reúnen, sean una verdadera fraternidad, abierta a la fraternidad universal. La iglesia local no sólo ha de cuidar con entrañas maternales, a los hermanos que en ella se reúnen, "sino que con ardor ha de abrir camino a todos los hombres hacia Cristo" (PO.6). Ahora bien si la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor es "sincera y plena" la comunidad se convierte en el lugar del compartir la vida, los dones y los bienes. La fraternidad del Primogénito entregado, en el aliento del Espíritu gravita hacia sus entrañas, hacia la comunión de "tener un corazón y un alma", "formar todos un cuerpo" y "tenerlo todo en común". Los apóstoles son, como transparencia del Mayor, los animadores de esta dinámica de comunión, la presencia alentadora que con el exhaustivo don de sí mismo animan a compartir todo lo que los hermanos son, valen y tienen, "en la comunión de la unidad". De este modo la entrega al anuncio del evangelio y a la educación de la fe para la madurez de los hermanos como hombres nuevos se autentifica en su entrega para formar la comunidad y alentar en ella la dinámica de la comunión.

Los apóstoles, junto con la pequeña fraternidad apostólica, son la presencia alentadora, para que toda la comunidad se convierta en comunidad misionera. Ya no sólo surgirán en ellas, catequistas y educadores de la fe, sino que todos los hermanos, conscientes de la gracia de su bautismo y de su confirmación, se pondrán en pie para recorrer los caminos de la misión cada uno desde el carisma que ha recibido. Cuando decimos que los apóstoles, en el servicio de la palabra manifiestan los brazos del Primogénito que hermana a todos, estamos insistiendo en que no es posible la "dominación clerical" ni la "concentración ministerial" en las personas de los presbíteros. Como en la primera hora de la iglesia, se hace necesario hoy la participación activa, madura y responsable de todos. La acción apostólica de los laicos es "tan necesaria, que sin ella el propio apostolado de los pastores no puede conseguirla mayor parte de las veces plenamente su efecto. Porque los seculares de verdadero espíritu apostólico, a la manera de aquellos varones y mujeres, que ayudaban a Pablo en el evangelio (cf. Hech. 18.18-26; Rom. 16.3), suplen lo que falta a sus hermanos y confortan el espíritu de los pastores, así como del restante pueblo fiel (cf. 1 Cor. 16.17-18)" (AA. 10.20; LG. 33; AG. 17).

En el servicio del evangelio, sin embargo, los presbíteros tienen su propio carisma para su insustituible diakonía. "Lo que Dios ha puesto en vuestros corazones con su llamada corresponde a una vocación específica, que es la de "obrar como en la persona de Cristo" (PO.2) y la de ser en la iglesia particular o diócesis, el lazo de unión entre todos los carismas y vocaciones" (PO.9). Ellos, en la persona de Cristo, al entregar el evangelio y entregarse con él, animan "la comunión misionera" de toda la comunidad que se proyecta en misión hacia el mundo, para reunir a todos

los hermanos, que todavía están dispersos, y para avanzar la mesa compartida en la historia.

### **Los apóstoles se entregan con el Primogénito para hermanar a todos, empezando por los pequeños.**

Jesús, el Señor, el Primogénito entregado como siervo ya ha reunido a los hermanos en torno a la mesa. Los apóstoles le han prestado su voz. Pero con este gesto no termina el encargo que el Padre les había hecho. Es verdad que el Señor al darles su misericordia entrañable, hecha gracia, ha roto las cadenas de la esclavitud del pecado y les ha redimido adentrándoles en su filiación y en su fraternidad. Pero si se le habían conmovido las entrañas al verlos encadenados por el pecado, se le conmueven también al verlos encadenados por el dolor. El pecado personal y el estructural les ha herido y les va poco a poco desintegrando a todos. Pero con importantes diferencias. En cierto modo todos son pobres y están heridos. Pero unas son las heridas de los opresores, más hondas todavía son las de los oprimidos y todavía más hondas las de los hermanos que están absolutamente marginados. El gesto de su entrega a la mesa se hizo gracia, que entregada por la palabra del evangelio, les hermanó y les incorporó. Pero al verlos sentados a la mesa, unos están más heridos que otros, unos son más pobres, que otros. El Primogénito les desplazó en sus puestos, haciendo que los últimos pasasen a ser los primeros a la cabecera de la mesa, pero los primeros en servir con el servicio del Siervo, que a todos encabeza. Los apóstoles ahora han de prestarles las manos para el servicio de los pobres, que va inseparablemente unido al anuncio de la palabra. El Primogénito anunciaba por los pueblos y aldeas el evangelio del reino y curaba toda enfermedad y dolencia del pueblo (Mt. 4.23). Los apóstoles corporeizarán y harán visible su mismo servicio.

“Los presbíteros, aunque se deban a todos, tienen encomendados a sí de un modo especial a los pobres y a los más débiles, a quienes el Señor se presenta asociado (Mt. 25.34-45) y cuya evangelización se da como prueba de la obra mesiánica (Lc. 4.18)” (PO.6). Precisamente en la cena del Señor se encuentra “el origen” y la “fuerza” de este servicio de los pobres, que se convierte en “viviente expresión de la misma caridad” del Señor, gesto de amor que es y aparece como “el mayor de todos sin excepción”, ya que en él el Primogénito, entregado como siervo, aparece como el Ungido, el encargado por el Padre para reunir su familia en torno a su mesa, con los pequeños a la cabecera. Este gesto es lo que le autentifica como el Mesías de los pobres, en cuyos signos aparece propiamente como el Cristo, que tenía que venir (Mt. 11.4.5). Así comprendemos que los hermanos en los que se hace presente, presidiendo la mesa, estén encargados con su mismo encargo de realizar sus mismos signos. *“En vuestro camino predicad diciendo: “El reino de Dios se acerca”. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonios (Mt. 10.7-8).*

En la mesa los apóstoles prestaban al Señor sus manos para que él se entregara a sí mismo. Ahora el Señor presta a los apóstoles sus manos para entregarse también a sí mismo. En el servicio de los pobres, ellos son **re-praesentatio Christi** y están prolongando el mismo gesto de entrega de la cena. El pan partido y la copa derramada, se continúa partiendo y derramando ahora. Ellos son los mensajeros, que en nombre del Primogénito salen a los caminos para curar a los pobres, levantarlos y sentarlos a la cabecera de la mesa, *"a los pobres, a los lisiados y a los ciegos"* (Lc. 14.21). El Señor abraza, cura, levanta y comparte a los pobres entre las manos de los apóstoles. Jesús identifica a los servidores suyos consigo de tal manera que él actúa y se hace presente por medio de ellos. "Es el propio Cristo quien cuida los enfermos, los niños y los pecadores, cuando los envuelve el amor y la solicitud pastoral de los ministros consagrados" (Juan Pablo II, Maracaná. Sacerdotes 2-7-80). El Primogénito que parte su pan en ellos y que anuncia su palabra en ellos, en ellos también, como en transparencia suya, acoge y sirve a los pobres levantándolos de la basura, curándolos las heridas y trayéndolos a la mesa. Podríamos decir que los presbíteros consuelan a los pequeños con el consuelo de la misericordia entrañable del Señor que a ellos se les da y en ellos ha de revelarse (PO.13). Los sacerdotes en el Sacerdote y los profetas en el Profeta, son ahora los pastores en el Pastor, los servidores en el Servidor. Por ellos han de ofrecerse en expiación por su rescate (Juan Pablo II, Maracaná. Sacerdotes 2-7-80), sufriendo así por ellos, como lo exigen las entrañas de misericordia, que lleva consigo su condición de hermanos mayores y de padres (Juan Pablo II, Sacerdotes. Loreto. 8-9-79).

La entrega de los apóstoles a los pobres, ha de configurarse con el mismo servicio de Jesús, con sus mismos signos mesiánicos. Si el Señor se levanta de la mesa y baja al último lugar para curarlos y encumbrarlos, esto mismo han de hacer todos sus hermanos. "Donde haya hombres, que carecen de comida y bebida, de vestidos, de hogar, de medicinas, de trabajo, de instrucción, de los medios necesarios para llevar una vida verdaderamente humana, que se vean afligidos por las calamidades o por falta de salud, que sufran en el destierro o en la cárcel, allí debe buscarlos y encontrarlos la caridad cristiana, consolarlos en la entrega de su solicitud y levantarlos con la prestación de su ayuda" (AA. 8). Los apóstoles han de realizar hoy de forma nueva e inédita los nuevos milagros, que sean en verdad los signos mesiánicos del Primogénito. Han de buscar a los pobres, para encontrarlos y encontrarlos para servirlos.

El Primogénito curó sus heridas de dentro a fuera, poniéndolos en pie como hombre e incorporándoles a su fraternidad como hermanos. Los apóstoles deben acercarse a ellos en absoluta gratuidad, renunciando enteramente al poder, *"sin oro y sin plata"* (Hech. 3.6.). Con las manos así de vacías y abiertas pueden entregarles el evangelio, pues todas las heridas de los pobres se curan desde el corazón, confiándoles la miseri-

cordia entrañable de la buena noticia, y todos los demás signos de curar las heridas de su ceguera, de su parálisis, de su mudez y de su lepra con expresión del signo de darles el evangelio (Mt. 11.5) y de devolverles la libre libertad y la honda fraternidad del Primogénito. Al hermanarles, empezó radicalmente su liberación como hombres en el paso a ser hombres nuevos. El evangelio es aliento para su propia "promoción y dignificación" (Juan Pablo II, México, Sacerdotes. 27-1-79), que debe llevar consigo el que ellos se vayan liberando y bastando por sí mismos (AA.8). Esto significa que los medios que se usen y los trabajos que se hagan para el servicio de los pobres, deben hacerse, renunciando por entero al poder. Sólo si los apóstoles les sirven "sin llevar oro ni plata", evitarán el tener que recurrir y legitimar a los pudientes para las "obras de beneficencia" y evitar también al tiempo el realizar los signos mesiánicos desde unas relaciones de dominación que nunca permitirán a los pobres ponerse en pie y hermanarse en plenitud. Darse a los pobres, para que sus heridas se curen de dentro a fuera, exige darse a ellos en la absoluta gratuidad de la misericordia entrañable, que les concede la posibilidad, la gracia de poder llegar a ser no sólo hombres, sino más aún hermanos y servidores en el nombre del Señor. Todos los trabajos y los medios del servicio se configurarán así con el "estilo de Jesús". Pues si en otras épocas de la historia los signos mesiánicos fueron realizados de otro modo, hoy en una humanidad y en un mundo que avanzan a la autonomía de su madurez, sólo la ofrenda en gracia para la radical liberación y comunión es reconocible como resplandor de los gestos del Ungido en su iglesia.

El Primogénito, en su entrega como siervo, a los hermanos pequeños no sólo les acoge y les cura haciendo amanecer en ellos su nueva humanidad, sino que les desplaza en la mesa. Su gesto de la fracción del pan lleva consigo la realización de la fraternidad escatológica, donde se rompen todas las barreras y donde la comunión en la misericordia entrañable se redimensiona desde los últimos. Por eso la fracción del pan lleva consigo la "comunión de vida", que es compartir todo lo que se es en Cristo, todo el latido humano y evangélico, poniendo a los más débiles en primer lugar (Rom. 14.1-19). El compartir la vida, lleva consigo la "comunidad de dones", carismas y servicios, empezando por los últimos (1 Cor. 12.12-31. esp. 22-23). Y el compartir los dones, lleva consigo la "comunidad de bienes", los bienes materiales y espirituales, empezando por los últimos (Hech. 2.42-45; 4.32-35; 1 Cor. 11.17-29). Los apóstoles transparenza del Primogénito, que sirven a los pequeños como siervos, han de entregarse y trabajar para que en esta dinámica de comunión los pobres, liberados y transformados, pasen a la cabecera de la mesa junto al Señor, anticipando la mesa del último día. Pues el Señor en la forma de los últimos (Mt. 25.34-45), sobre todo, cuando ellos son los primeros servidores, aparece como aliento y convocatoria de la fraternidad. Ahora, cuando los hermanos después de reunidos, han dejado paso a los pequeños, es cuando la fraternidad comienza a autenticarse en plenitud como signo de la mesa anticipada del reino (Lc. 2.52-53).

Los apóstoles son la presencia alentadora, junto con los hermanos de la pequeña fraternidad apostólica, para que toda la comunidad se convierta en comunidad diakonal. Efectivamente ellos sólo pueden ser hermanos de todos, si tienen una opción preferencial por los pobres, que responda al encargo preferencial que el Señor les ha hecho de ellos. Con la entrega a los pequeños en el evangelio y en los signos, se puede ver y palpar cómo el Primogénito abraza, cura, y levanta a los últimos (Lc. 4.18; Mt. 11.4-5) De este modo la comunidad entera, alentada en sus carismas, se siente así animada a realizar los signos mesiánicos con la inédita novedad de cada hora. Y al revés, cuando los apóstoles se dejan acoger por el Señor en la persona de los pobres y ser evangelizados por ellos, alientan a toda la comunidad a que reconozcan la presencia visible del Primogénito que encabeza a todos y a todo tomando la forma de los pequeños y re-presentándose en ellos. De este modo la comunidad diakonal no sólo protagoniza el servicio de los pobres, sino que acoge el servicio que los mismos pobres hacen, iniciándose así en medio del mundo un brote de la nueva humanidad para la nueva creación.

El servicio de los pobres, que se encomienda a los presbíteros, debe llevar la marca de su configuración eucarística. Ellos en la mesa y en el camino son reflejo del Cristo, Primogénito, Cabeza y Pastor. "Amad a los enfermos, a los pobres, a los marginados. . . consolad a los afligidos; dad esperanza a los jóvenes. Mostraos en todo "como ministros de Cristo" (2 Cor. 6.8) (Juan Pablo II, Valencia. Sacerdotes). Este ser siervos, que transparentan al Siervo Jesús, les hace ser también aquí aliento y lazo de unión entre todos los carismas, que el mismo Señor regala a su iglesia para el servicio de los pobres, de modo que alentando a la fidelidad y a la creatividad con su propio testimonio, todos a una expresen el rostro del Cristo, ungido para evangelizar a los pobres, que no sólo ha abierto los brazos para reunir a todos, sino que precisamente para que todos fueran de verdad hermanos ha querido hacer de los últimos los primeros servidores con él.

### **Los apóstoles se entregan con el Primogénito para hermanar a todos, empezando por los pequeños, preparando la mesa compartida.**

Jesús, el Señor, el Primogénito entregado como siervo ya ha reunido a los hermanos en torno a la mesa. Los apóstoles le han prestado su voz. Después ha curado a los pequeños, los ha levantado y los ha puesto con Él a la cabecera de la mesa para servir. Los apóstoles le han prestado sus manos. Pero la mesa, donde él parte el pan y la copa, exige transformar el mundo desde sus cimientos. Los hermanos, después de comulgar con el Primogénito en su fraternidad, rompiendo todas sus barreras, no pueden marchar al mundo, que es una cárcel, convertida en campo de guerra, dejando intactas las cadenas y las trincheras. Al Señor se le habían conmovido las entrañas al ver que los hermanos estaban despojados y abatidos, en

el muro de separación, que encadena a todos con las cadenas de la injusticia, de la opresión y de la mentira, mutuamente entrelazadas. Por eso entonces y ahora, su gesto de amor que se había hecho gracia, para redimir el pecado, y que se había convertido en vida para redimir el dolor, se convierte ahora en justicia, libertad y verdad para redimir al mundo, el hogar de los hermanos destrozado ahora por sus esclavitudes socio-económicas, socio-políticas y socio-culturales. El Padre le ha encargado, como Hermano mayor de los hermanos, que sea también el hermano mayor de la casa común, el Primogénito de toda criatura, y que en el universo de los cielos y de la tierra, recapitulados bajo su señorío, prepare la mesa compartida de su justicia hasta que entregue el reino al Padre (1 Cor. 15.25-28). Por ello se ha levantado de la mesa no sólo para reunir la iglesia, sino para recrear el mundo. Los apóstoles, por usar de nuevo la comparación, han de prestarle los pies para esta travesía de liberación, gesto que va inseparablemente unido al anuncio de la palabra y al servicio de los pobres. El Primogénito, lo había anunciado ya desde la primera hora, pues ungido por el Espíritu del Padre, había sido enviado a dar el evangelio a los pobres, arrancando las cadenas de los oprimidos e inaugurando el año de gracia del Señor (Lc. 4.18).

“Hemos podido percatarnos de las graves injusticias, que envuelven el mundo humano, con una red de dominios, de opresiones y de abusos, que sofocan la libertad e impiden a la mayor parte del género humano participar en la edificación y en el disfrute de un mundo más igual y fraterno”. Sí, se ha llegado a “la concentración de las riquezas, del poder, de la capacidad de tomar decisiones, en un grupo pequeño de dirigentes, público o privado” (Sínodo’71. Intr. 1). La creación entera está sometida a la servidumbre de la destrucción (Rom. 8.20). El mundo “el escenario de la historia humana”, está “esclavizado ciertamente bajo la servidumbre del pecado” (GS. 2; AG.8). Pero al tiempo hay un grito por la liberación y la comunión, por la libertad para la fraternidad (Rom. 8.19; GS. 9) una “conciencia nueva”, que sacude a los pueblos y les impulsa a la liberación y a la comunión. Estos gritos, alcanzan y conmueven las entrañas del Señor y de su iglesia que está incorporada y entrañada en él en el Espíritu. Precisamente en la mesa del pan y de la copa, juntamente con el “Abbá”, sus gemidos inefables gritan el “Marana tha” esperando la plenitud de la consumación. “Escuchando el clamor de los que sufren violencia y se sienten oprimidos por sistemas y mecanismos injustos. . . tenemos conciencia unánime de la vocación de la iglesia de estar presente en el corazón del mundo predicando la buena nueva a los pobres, la liberación a los oprimidos y la alegría a los afligidos. La esperanza y el impulso que animan profundamente al mundo no son ajenos al dinamismo del evangelio, que por virtud del Espíritu Santo libera a los hombres del pecado personal y de sus consecuencias en la vida social” (Sínodo’71. Intr.; EN. 30-38).

Los apóstoles son la re-presentación del Primogénito, que parte el pan a los hermanos, siendo por tanto **liturgos**. Pero son también la re-presentación del Primogénito que los reúne en torno a la mesa, anunciándoles la palabra, siendo por tanto **maestros**. Y son por fin la representación del Primogénito que va delante de ellos, reuniéndolos, conduciéndoles y preparando la mesa común del Padre, siendo por ello **pastores**. Efectivamente el Primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8.29), lo es siendo el "*Primogénito de toda la creación*" (Col. 1.15). El Padre, al resucitarle de entre los muertos y sentarle a su derecha, "*le dió como cabeza del universo, a la iglesia, que es su cuerpo*" (Ef. 1.22-23), para que lo "*recapitulara todo*" debajo de su mano, para alabanza de gloria del Padre (Ef. 1.10). Por eso, el que ha reconciliado todo por la sangre de su cruz y ha tirado el muro de la división, conviene que reine, hasta que rotas todas las cadenas y vencidos todos los poderes ofrezca al Padre la casa común de su reino, para que el Padre sea todo en todos (1 Cor. 15.25-28). El Primogénito aparece, pues, como Cabeza, Pastor, Rey, Salvador y Libertador del universo, que se transforma por su Espíritu en la mesa compartida de la nueva creación. Si todos los hermanos son sacerdotes y profetas, pero los presbíteros de un modo especial, esencialmente distinto, es claro que también todos toman parte del ministerio pastoral y real del Primogénito, y los presbíteros de una manera cualitativamente distinta. ¿Cual será?. Aquella precisamente que exprese su condición de Hermano mayor, ante los hermanos y el universo, es decir el servicio de "Cabeza y Pastor" (LG. 28).

La transformación del mundo en la mesa compartida está confiada por el Señor de manera distinta a los laicos y a los presbíteros. Por una parte el mundo es gracia, tiene una autonomía, es un absoluto relativo. Por una parte hay que hacer madurar la gracia desde "dentro del mundo". Los laicos, incorporados a Cristo, el Señor, y tomando parte en su misión real, "les corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios, gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios" (LG. 31) Existiendo en el mundo, desde el mundo y a través del mundo, "a modo de fermento", transfiguran las realidades terrestres, por sendas de liberación y de comunión. De modo que por su trabajo y su lucha, los bienes de la tierra "sean promovidos" y "convenientemente compartidos" (LG. 36). Es así como siendo alma del mundo, pueden impregnarlo del Espíritu, para que se vaya convirtiendo en la mesa común del reinado de Dios. Pero para que los laicos puedan liberar y planificar el mundo, que es la gracia de la creación, es necesario que esta gracia sea agraciada con la ofrenda de La Gracia de la Pascua del Señor, que no se impone al mundo, ni lo instrumentaliza, ni lo coloniza, sino que se regala a él con la fuerza de la gratuidad. Para que los laicos ejerzan la función real, del señorío del Primogénito, según su propio carisma, los presbíteros han de ejercerla según su propio carisma, prestando al Señor sus pies para que vaya delante como Cabeza y Pastor, que abre las brechas de la liberación para la comunión.

La entrega de los apóstoles, para hacer presente al Primogénito de la creación que libera y recrea el universo, ciertamente no consiste en el liderazgo histórico propio de los laicos (Juan Pablo II, Maracaná. 2-7-80). "No sois dirigentes sociales, líderes políticos o funcionarios de un poder temporal" (México. 27-1-79). El sacerdote no puede "ser uno más. . . en el compromiso político" (Valencia. 8-11-82). Pero no por ello puede dejar de tomar parte en la misión del Primogénito, precisamente en cuanto Cabeza y Pastor. "Comprometeos en todas las justas causas de los trabajadores" (Juan Pablo II. Valencia, Sacerdotes). Nos encontramos ante un hecho, importante y delicado, que hemos de discernir en la fidelidad al Cristo del Evangelio y a la iglesia del Vaticano II, en la fuerza del Espíritu, respondiendo así a los signos de los tiempos. Podríamos apuntar algunas sugerencias. Los apóstoles, en fraternidad, expresan al Cristo liberador como Cabeza y Pastor:

- **en la denuncia profética.** "La iglesia tiene el derecho, más aún el deber, de proclamar la justicia en el campo social, nacional e internacional, así como de denunciar las situaciones de injusticia" (Sínodo 71.2). Se trata del anuncio del evangelio del Reino, que es al tiempo denuncia. El silencio, por miedo o comodidad, convertiría a los pastores en cómplices de los pecados ajenos, "infieles a la misión de Cristo". . . "con perjuicio para los más débiles y oprimidos" (Obispos Españoles. La iglesia y la comunidad política. Enero 73. n. 31);
- **en la educación para la justicia.** En torno a la mesa del Señor deben dar a los hermanos fuerza y luz. Esta iluminación del evangelio, que es al tiempo anuncio y denuncia, debe hacerse "no sólo de una manera abstracta sino aplicando a la vida concreta la verdad personal del evangelio" (PO.4), "hasta llegar a impregnar con el evangelio los centros neurálgicos de nuestra sociedad" (Juan Pablo II. Valencia. Seminaristas). De este modo los laicos "con su propia responsabilidad" (AA. 7), afrontan "su compromiso cristiano en el mundo. La comunidad es el lugar de la "concienciación evangélica", del "discernimiento en el Señor" para todos los hermanos que trabajan en opciones y frentes distintos (AA.4). Esta concienciación, que parte del cambio del corazón, para entregarse al reino y su justicia, lleva consigo el abrir los ojos avivando con la luz del Espíritu toda la luz del conocimiento crítico de la historia, para saber lo que el Señor quiere para adelantar su reino. La "concienciación evangélica" posibilitará distintas opciones históricas pero todas relativizadas al absoluto de la justicia del Reino. De esta forma aportan los presbíteros la Presencia alentadora del Primogénito en los cimientos de la Historia, que protagoniza el pueblo, en el que caminan los laicos con todos los hombres de buena voluntad;
- **en la íntima solidaridad con los últimos.** "La acción en favor de la justicia. . . se nos presenta claramente como una dimensión consti-

tutiva de la predicación del evangelio" (Sínodo 71. Intr.). Pero los presbíteros no deben identificarse, en principio, con las opciones económicas, sindicales, políticas y culturales, tomando una como la propia. Ellos, entonces, no expresarían al Primogénito, hermano de todos, a la cabeza de todos. Puede haber situaciones en que la subsidiariedad, exija una participación histórica más acentuada. Esta debiera ser discernida comunitariamente, para que no se desdibuje la presencia del Señor y los laicos no sean condenados a la inmadurez o a una lenta maduración, todo lo cual dañaría a la comunión de la iglesia y a la liberación del mundo. Por eso su solidaridad debe hacerse identificándose con los últimos, los más despojados, los que ni siquiera pueden reivindicar ni ambicionar, por su excesivo destroz. Esta solidaridad, arranca a los presbíteros todo poder y les hace ser presencia de la absoluta gracia en la fuerza del Primogénito que asume, transfigura y trasciende este mundo. Pues si los laicos expresan más su transfiguración por la gracia, los presbíteros han de expresar más su transcendencia en el futuro absoluto del Primogénito que va delante. Unos y otros, en comunión expresarán el rostro del Cristo libertador.

Los presbíteros, ejerciendo así el servicio del Cristo, Señor y Pastor, Primogénito de toda la creación van preparando la mesa compartida del reino, en medio del mundo, junto con todos los demás hermanos. Pues al ir delante de los hermanos, reuniéndolos en la fraternidad y conduciéndolos por Cristo, en el Espíritu hacia la casa del Padre, los apóstoles deben ser conscientes de que no bastan las así llamadas obras de caridad, que sustituyen la justicia por la beneficencia. El amor implica una exigencia absoluta de justicia y la justicia alcanza su plenitud interior en el amor. De ahí que para curar las heridas de los hermanos pequeños haya que arrancar las cadenas, es decir "quitar las causas de los males" de modo que los hermanos en la fuerza del Señor se liberen y se hermanen por sí mismos. Nos encontramos pues ante la tarea de la transfiguración escatológica de la historia en su mayor radicalidad y plenitud. Apenas lo habíamos entrevisto. Pero ahora las exigencias del trabajo, de todos, alentado por los apóstoles, para preparar la mesa común, se ha hecho urgente, necesario en absoluto. "La misión de anunciar el evangelio en el tiempo presente requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre, ya desde ahora, en su existencia terrena. En efecto, si el mensaje cristiano sobre el amor y la justicia no manifiesta su eficacia en la acción por la justicia en el mundo, muy difícilmente obtendrá credibilidad entre los hombres de nuestro tiempo." (Sínodo 71.2).

Los presbíteros re-presentan al Cristo Cabeza y Pastor en la familia de la "iglesia" asamblea visible y al tiempo comunidad espiritual, "que avanza juntamente con toda la humanidad, experimentando la misma suerte terrena del mundo y actuando al modo de fermento o como alma de la sociedad humana que se ha de renovar en Cristo, para transformarse

en familia de Dios" (GS. 40). El mundo, donde crece el cuerpo de la familia nueva de hermanos, ha de transfigurarse también en hogar de fraternidad (GS.38), a través de mediaciones históricas del progreso temporal en el que se preparan como los materiales de la casa común del reino de Dios (GS. 38.39). Por ello los apóstoles serán presencia del Cristo "libertador, salvador, vivificador", para que el "evangelio en la historia de los hombres, incluso en su historia temporal, sea fermento de libertad. . . y fermento de fraternidad" (AG.8). Para esta lucha de todos, ellos en la fracción del pan; en el anuncio de la palabra, en el servicio de los pobres y en su acción por la justicia, ayudan a que los hermanos se alleguen al Señor, se revistan de su armadura (cf. 1 Tes. 5.8; Rom. 13.14; Ef. 6. 10.21), para poder asumir, rehacer o inventar las armas de la historia, que permitan avalar la construcción ya ahora de la casa compartida, que es un don de la Pascua del Señor y que se consumará cuando él mismo vuelva a recapitularla enteramente, llevándola a su plenitud (Ef. 1.10; Ap. 22.12-13).

Los presbíteros, en fraternidad apostólica, con los que siguen más de cerca al Señor, se convierten en presencia alentadora para que toda la comunidad llegue a ser una comunidad militante por la liberación y la justicia del reino de Dios. A los laicos "ábraseles por todas partes el camino, para que, conforme a sus posibilidades y según las necesidades de los tiempos, también ellos participen ardientemente en la obra salvífica de la iglesia" (LG. 32). El que los presbíteros sean fieles a las huellas del Cristo libertador, en sus rasgos del Primogénito, no les arrancará del combate por el Reino. Por el contrario, les hará padecer el mayor riesgo, ya que sin ninguna forma de poder, ni de interés, poniéndose cada día de parte de los últimos de los últimos, desde la misericordia y la fidelidad del Señor, entreguen su vida a fondo perdido en una labor profética, a la que el mundo responderá con la mayor hostilidad y agresividad. Pero por eso mismo, sus gestos alentarán a los laicos a avanzar en su madurez, a insertarse en el mundo, con plena autonomía, junto con los hombres de buena voluntad, para la lucha histórica, que exprese lo más adecuadamente posible la liberación para la comunión del Señor. Toda la comunidad, peregrina en el mundo, será entonces una comunidad militante, hasta que vuelva el Señor.

### **Hermanos, que compartan la entrega de su pascua**

El Primogénito, que después de partir el pan se ha levantado para reunir a todos los hermanos, empezando por los pequeños, en torno a la mesa grande y compartida del Reino del Padre, se adentra de nuevo en su misma Pascua, con la iglesia que encabeza y precede. Al hacer hoy el mismo camino de ayer, también hoy el camino desemboca en la travesía pascual, que él realiza con el cuerpo de su fraternidad, peregrina en el mundo. "Y como esta misión continúa y desarrolla a lo largo de la histo-

ria la misión del mismo Cristo, que fué enviado a evangelizar a los pobres, la iglesia, en el aliento del Espíritu, debe avanzar por el mismo camino que Cristo, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia y de la inmolación de sí mismo hasta la muerte de la que salió victorioso por su resurrección. Pues así caminaron en la esperanza todos los apóstoles, que con muchas tribulaciones y sufrimientos suplieron lo que falta a las tribulaciones de Cristo, por su cuerpo, que es la iglesia (Col. 1.24; PO.5). La iglesia, encabezada por el Primogénito entregado como siervo, es una iglesia de la contemplación, que se convierte en encarnación y por el camino de la liberación para la comunión se adentra en el paso de la pascua. Siempre, por tanto, la iglesia debe ser una iglesia martirial, una iglesia que lleve en su cuerpo las marcas gloriosas de la cruz de su Señor.

Los apóstoles al ser la re-presentación del Cristo Primogénito, Cabeza y Pastor, han de ser los primeros en adentrarse en el martirio. Pues "la fidelidad de Cristo a los designios salvíficos del Padre, en bien de la humanidad, alcanza en la cruz su máxima y culminante expresión" (Juan Pablo II, Valencia. Seminaristas). Los apóstoles, que comparten su consagración y su misión, son los que pueden "dar a Cristo el testimonio máximo del amor" (PO.11). Al entregarse a El, para que El mismo ame y se entregue a sus ovejas (Cf. Jn. 21.17), se entregan a él con el mayor amor, "el máximo testimonio del amor a Cristo", para que El se entregue a los hermanos en el último exceso de su amor, "el máximo testimonio del amor de Cristo". Al poner sus manos para que el Señor se entregue él mismo a sí mismo, con sus manos marcadas por las marcas de la cruz, estas mismas marcas deben grabarse y configurar las manos de los hermanos que las sostienen y representan. Por ello han de sentirse arrastrados por el amor del buen Pastor, que entregó la vida por sus ovejas (Jn. 10.11), llegando al "supremo sacrificio" (PO.13), hechos con él obedientes hasta la muerte y muerte de Cruz (Fil. 2.8). Pero esta entrega pascual, ha de ser la consecuencia de su camino, el desenlace de las huellas del Señor sobre las que los apóstoles han venido pisando. El camino que el Primogénito hace y es, se adentra en la espesura de la historia, que es la espesura de la cruz, para abrir en sus entrañas el amanecer de la nueva humanidad para la nueva creación.

### El Padre les entregará

Los apóstoles comparten así la consumación de la absoluta entrega del Primogénito, que no sólo arriesgó su vida, sino que la perdió entregándola "en rescate por todos" (Mc. 10.45). Ellos han sido tomados de la mano por Cristo Jesús. El Padre les ha puesto en manos del Primogénito y les entrega a ellos con la misma entrega con la que le entrega a él por la humanidad y por el universo (cf. Jn. 3.16; Rom. 8.32; 2 Cor. 5.21; 1 Jn. 4.10). En ellos por tanto sucede el gesto del Padre, que "le entregó". Al entregarle a él, le entrega en ellos; al entregarlos a ellos, les entrega en

él. De alguna manera podemos decir que la vida de los apóstoles, entregada por el Padre, en la entrega misma del Hijo, es el "sí" del Padre en el Primogénito a la familia y a la casa común (cf. 2 Cor. 1.20). Por eso los sacerdotes son víctimas inmoladas por el mismo amor de Jesús ("Amor sacerdotes inmolat"), el amor que el Padre nos ha tenido en él, para que él nos los dé a nosotros. Los apóstoles pueden decir en pasiva, que "*son entregados a la muerte por amor de Jesús*" (2 Cor. 4.11). Al tomarlos el Padre entre las manos del Hijo para entregarlos por nosotros en la locura de su misericordia entrañable, los apóstoles, si consienten incondicionalmente a esta entrega, pasan indefensos a las manos de los hermanos que pueden entregarlos según quieran, disponiendo de ellos a vida y a muerte.

### Los hermanos les entregarán

El Señor les dijo. "*Os envío como ovejas en medio de lobos*" (Mt. 10.16). Por una parte los hermanos atrincherados arriba y por otra parte los hermanos atrincherados abajo, todos, los acorralarán para entregarlos. "*Seréis aborrecidos de todos por mi nombre*" (Mt. 10.22; Jn. 16.1-2. 20.21). El camino de los apóstoles des-estabiliza y hace peligrar el entramado de este mundo. Sobre esto no podemos hacernos ilusiones. En unos casos el montaje de la sociedad, que se presenta bajo la máscara de la seguridad nacional, les maltratará y les matará violentamente, derramando su sangre. Es el martirio al que cada día asistimos en los pueblos del tercer mundo. La violencia establecida responde cruelmente y a los testigos que pisan sobre las huellas del Señor los encarcelan, los torturan, los hacen desaparecer y les dan muerte. Son testigos del "*nombre del Señor*" (Mt. 10.22), a quien se ve aparecer Resucitado alentando el camino de la iglesia en el mundo. De ahí que el martirio tenga un carácter violento, público y político. Lo protagonizan los poderosos, pero el pueblo de los pobres, que se ve condenado al silencio, en muchos casos también consiente y se somete a él. Así caen bajo la sombra de la cruz martirizados y desangrados. Son una sementera.

En otros casos el montaje de la sociedad, que se presenta bajo la máscara del bienestar del consumo les matará violentamente, en una muerte incruenta. Esta sociedad secularizada, tiene en su base la injusticia y la agresividad con que acosa a los apóstoles, procede de las mismas actitudes de la seguridad nacional, aunque tome distintos caminos. Los apóstoles, sobre todo aquellos, que han optado por los pobres en los pueblos del primer mundo y toman parte evangélicamente en las justas causas de su liberación, han de disponerse a sufrir el martirio. Pudiera ser que más pronto o más tarde fueran también encarcelados, torturados y asesinados. Pero de todas formas ya ahora han de padecer una nueva forma de martirio, el martirio de los siervos, que son tenidos en nada, a quienes no se les escucha, a quienes fácticamente se les rechaza en el absoluto

abandono. En este mundo secularizado, radicalmente injusto, cuya injusticia se encubre con las libertades formales y el bienestar del consumo, los nuevos apóstoles van a padecer como "la mayor tentación" y "el mayor peligro", un profundo "desaliento" (Juan Pablo II. Moncada. Sacerdotes). No sólo porque van a tener la dicha de sufrir el cansancio y el dolor, sino porque les va a rodear la soledad, la incomprensión y la absoluta irrelevancia. El martirio incruento será morir en la intemperie de la noche, abandonados de todos y despreciados de todos. Podría ser que la seducción de los ídolos del nuevo paganismo, en paganismo postcristiano, haga que muchos recaigan en la apostasía ó tomen la fe en el Señor como cumplimiento social o satisfacción del último reducto de sus necesidades individuales.

Pero los apóstoles no sólo serán entregados a la muerte por el mundo, por los hermanos de fuera, sino también por los hermanos de dentro, los que parten el mismo pan a la mesa. En este nuevo éxodo de la historia, la iglesia entera ha sido pro-vocada por el Espíritu a una nueva salida, el Nuevo éxodo de la misericordia y de la fidelidad, la absoluta gracia, que renuncia por entero al poder. Pero pudiera ser que algunos apóstoles con el mejor deseo de fidelidad sintieran la necesidad de insertarse en el bloque dominante de la sociedad, para evangelizar desde allí, propiciando y legitimando sus intereses. Pudiera ser, en cambio, que otros también por su deseo de fidelidad, sintieran la necesidad de insertarse en el bloque dominado de la sociedad, para evangelizar desde allí, propiciando y legitimando sus intereses. Entonces, si el nuevo éxodo es el éxodo de la absoluta gracia, su senda avanzará entre los frentes. Para el exceso de la gracia, podría ser que desde ambas partes fueran acosados los discípulos que quieran hacer la travesía del Primogénito entregado como siervo. Más aún, dentro de la fraternidad eclesial, puede haber ocasiones en que las tensiones y los conflictos sean momentos de gracia para la comunión en fidelidad y en creatividad mientras buscamos las huellas que hoy abre el Señor, que marcha a la cabeza. No es extraño que a veces las actitudes por el evangelio de la liberación del Señor, entren en tensión con otros hermanos en la iglesia, con nuestra misma configuración estructural y con todos, pues todos estamos pro-vocados al éxodo, aunque los testigos ni siquiera lo pretendan y aunque, incluso, se mantengan en la obediente fidelidad, desde la gratuidad humilde y desarmada. En este caso no sólo el mundo, sino los mismos hermanos pueden hacerse cruz donde los apóstoles sean entregados, y éstos, que así padezcan, deben gozarse en las tribulaciones, pues el Primogénito ya hizo esta misma travesía y nos invitó a compartir su mismo destino. *"No es el discípulo mayor que su maestro"* (Mt. 10.24). La seguridad nacional o el bienestar del consumo, el conflicto o la acogida eclesial serán siempre ocasión de gracia, para aquellos apóstoles que hayan tomado la forma de siervos sobre las huellas del Primogénito. Su entrega incondicional y desmedida a la iglesia para el

Reino, desconocerá la defensa, la censura y el apremio. La renuncia a todo derecho, hasta los derechos del Señor, acabará transfigurándoles más en el misterio de su entrega.

### Ellos mismos se entregarán a sí mismos

Es "la hora" de la pascua del Señor, que se prolonga en ellos, Ha llegado el momento de consumir el "amor inmolado", que ellos entregaron en sus manos, cuando partían el pan " ¡Oh noche tan dichosa!". Los apóstoles habrán de extender sus manos entre las manos del Primogénito y dejarse con-clavar en la cruz, para que ya no sean ellos, sino Cristo el que en ellos viva, ame y se entregue a los hermanos (Gal. 2.19-20). Es la hora de entregarse en sus manos como "propiciación", como "rescate", en su obediencia de inmolación para alabanza de gloria (1 Jn. 4.8-10). Ahora los apóstoles completan en su cuerpo lo que falta a los sufrimientos de Cristo, por su cuerpo que es la iglesia y el universo (cf. Col. 1.24). Esta comunión en el Cristo paciente, les permite compartir con él la hondura de la redención. (Juan Pablo II. Discurso sobre el Año Santo, 23-12-82. n.6). Por una parte sus brazos se han de extender en la cruz, en el total olvido de sí mismos, en la absoluta gratuidad de la misericordia. Sus puños no pueden cerrarse, pretendiendo el poder del heroísmo, del reconocimiento y de la eficacia. Son siervos entregados en el Siervo, que se dió "gratis", "en su gracia", "en su sangre" (cf. Rom. 3.24-25). Por otra parte, conclavados así con el Primogénito habrán de abrazar a la iglesia, a la humanidad, al universo y a la historia, del todo en todo, acogiendo toda fragilidad, ofreciendo el rostro a toda agresividad, identificándose con toda negatividad. Estos testimonios vivos de la pascua del Señor Resucitado, no podrán hoy en modo alguno pretender exponerse e imponerse con poder, haciendo pagar a los hermanos el costo de su ofrenda. Con infinita confianza en el Padre e incansable confianza en los hermanos, han de consentir en que se vayan grabando en su cuerpo las marcas vivas de la cruz, mientras luchan en el espíritu de las bienaventuranzas por entregarse activamente a sí mismos, en el servicio redentor de los hermanos (cf. 2 Cor. 4.7-12; 6.4-10; 11.23-29). Estamos en la pascua, el paso de la muerte a la vida, de la vida que se excede en la muerte, que ensancha la vida. Es la hora en que se entregarán hasta el fin. La última transfiguración hará posible la última transparencia. Puestos entre las manos del Padre, y entre las manos de los hermanos, ellos mismos se entregarán a sí mismos e inclinando la cabeza entregarán el Espíritu del Señor, que en ella alienta. Los apóstoles sufrientes, en su travesía martirial serán la imagen del "redentor crucificado". La misericordia del Padre se ha personificado en el rostro del Primogénito entregado como siervo. Y a los apóstoles se les invita a "configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor." *"Llevando siempre en el cuerpo la muerte de Cristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Mientras vivi-*

*mos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo mortal"* (2 Cor. 4.10-11). En el rostro del Cristo pascual, destrozado y encendido, ha aparecido el rostro del Padre rico en misericordia. Su rostro se ha des-velado enteramente como el rostro del Hermano mayor. Y en su rostro, los hombres, a él incorporados, se han desvelado (cfr. Juan Pablo II. Año Santo. 4), como hermanos en su fraternidad, al tiempo que el universo, a él incorporado, se ha desvelado como el hogar común de esta misma fraternidad. La configuración de los apóstoles con la muerte de su Señor, en la fuerza de su resurrección (Fil. 3.9-10) es la que les acaba de configurar como hermanos mayores en el "crucificado, Señor de la gloria", Primogénito entre muchos hermanos (Cf. Rom. 8.29), que es al tiempo el "Primogénito de toda la creación" (Col. 1.15).

Ahora es cuando comprendemos que la existencia apostólica es una eucaristía entregada, des-entrañada, consumada. Al hacer con su Señor, en fraternidad, el camino que parte de la fracción del pan, que desciende a las partes más bajas de la tierra, que avanza en el servicio de la comunión y de la liberación y que se adentra en la espesura de la pascua, los apóstoles se han asociado de lleno al "cuerpo entregado" y a la "sangre derramada" del Señor, muerto y resucitado. Ahora el Señor entre las pobres y endebles manos de los apóstoles, no sólo se entrega a sí mismo en su cuerpo y en su sangre sino que entrega además el cuerpo y la sangre de los apóstoles, que se han incorporado a su entrega, para prolongarla y de alguna manera misteriosa completarla. Por eso los apóstoles, que viven una existencia martirial, llevando en su cuerpo las marcas de la cruz, son aliento que convoca a la iglesia y al universo a retornar a la mesa de la pascua del Señor de donde habían partido para alabanza de gloria del Padre. El Señor al partir de la mesa los sembró junto con él como granos de trigo y ahora después de romperse y multiplicarse pasan a ser ofrenda en sus manos en la unidad del Espíritu, ofrenda a la que se incorporan la iglesia y el universo, en alabanza de gloria.

Parece que en un mundo que ha retornado a la idolatría del paganismo postcristiano, solo los apóstoles, que vayan siendo mártires es decir, testigos del amor crucificado, gratuito y gozoso, serán resplandor vivo y seductor del rostro de Cristo, la gracia y la fidelidad. Al ser levantados sobre la tierra, atraerán a todos y a todo al Señor, el Primogénito entregado como siervo, que es la Cabeza y el Pastor. Los apóstoles, dispuestos al martirio, alentarán a toda la iglesia a que llegue a ser una iglesia pascual, a que consume su contemplación, su encarnación, su comunión y su liberación, en la muerte de cruz donde el amor se consuma y renace. Los primeros apóstoles fueron todos mártires y aquella iglesia de apóstoles y mártires fué la semilla de la humanidad nueva y de la nueva creación, en

un mundo que terminaba una larga andadura de su historia y reemprendía otra. Este nuevo éxodo, parece ser una pro-vocación del Señor a los apóstoles, para que consintamos con ex-haustividad y alegría a su entrega hasta la muerte. Así la humanidad y el universo, se verán amados por él en el exceso de su Amor, y agraciados por su gracia, iniciarán con esperanza, encabezados por él en su iglesia, la nueva aventura, cuya germinación estamos presintiendo.

#### 4.— Jesús, el Señor, sigue hoy llamando a los hermanos.

Estamos asistiendo a un nuevo Pentecostés, pues el Señor, en el concilio Vaticano II ha prendido el fuego del Espíritu para el nuevo éxodo de la iglesia y del mundo. Como siempre, y más aún en estas encrucijadas, él sigue llamando a sus apóstoles. Les llamó y les constituyó en la fraternidad de los doce "para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc. 3.14), compartiéndoles su misma misión y su mismo servicio. El Señor también hoy sigue llamando a los hermanos, para que sean sus apóstoles. Se comprende bien que la vocación no es una "opción", que nosotros tomamos, sino una "llamada" que nos toma a nosotros (Cf. Mc. 1.16-20; Mt. 4.18-22; Lc. 5.1-11; Jn. 1.35-51; 15.16; 20.21; Gal. 1.15-16; Hech. 9.1-19). El Señor, Primogénito de la familia de hermanos y de la casa común del universo nos toma de la mano (cf. Fil. 3,12), para que transparentemos y re-presentemos su presencia. Al tomarnos de la mano en la fuerza del Espíritu se expresa en los apóstoles de hoy, pero también los apóstoles de hoy le expresan. Hay un misterio profundo de fidelidad y de creatividad. Por una parte los apóstoles pisan sobre las mismas huellas de ayer y están llamados a la fidelidad, pero como esas huellas avanzan sobre la historia nueva de hoy, son también huellas nuevas e inéditas que exigen una novedad y, por tanto, una creatividad. Los apóstoles, que el Padre llama hoy en Jesucristo han de ser "hombres nuevos, que sepan responder a las exigencias de una nueva etapa de evangelización", "para hacer ministerialmente presente a Cristo ante la generación que prepara o que verá el tercer milenio de la era cristiana" (Juan Pablo II, Valencia. Seminaristas).

¿Podríamos adivinar cómo se va a transparentar el Señor en el rostro de los nuevos apóstoles?. Algo podemos adivinar, por los latidos de su paso en la humanidad y en la creación. El gran signo de los tiempos en la familia humana y en la casa común del universo es su gemido por la liberación para la comunión, es decir su grito por la libertad para la fraternidad. También ellos dicen: "*Queremos ver a Jesús*" (Jn. 12.21). El rostro de Jesús que esperan, es el rostro del Hermano de la misericordia entrañable, eficazmente la misericordia entrañable del Padre, se ha personificado en el Hijo Primogénito, que se regala a los hermanos, que padecen la miseria, (Juan Pablo II. Año Santo. 5), como ofrenda de gracia para su liberación y su comunión. Jesús, el Primogénito, entregado como siervo, es la **Gracia regalada a la gracia**, que es la humanidad, la creación y la historia, constituídas entre sus manos y ahora agraciadas con el exceso del amor, inmolado en el Fuego de la Pascua. Jesús, la misericordia aparecida bajo el rostro del Hermano y el Siervo, es el sacramento del Padre. Por ello, los apóstoles, que existen "en la persona de Cristo", siendo "la re-presentación de Cristo" habrán de ser la personificación de su misericordia entrañable, es decir los "hermanos y siervos", que entregados en su gracia sean el sacramento del Primogénito de la familia y del hogar del

Padre. Estos **hermanos, entregados como siervos, en la misma entrega de Cristo, Hermano mayor y Cabeza de los hermanos**, habrán de ser:

- **hermanos ante los hermanos.** En la mesa, a la cabecera, le prestarán sus manos para que él mismo aparezca y se entregue. En el Amor de la pascua, entregado en el pan y en la copa. Ese amor que todo lo cree, que todo lo espera, que todo lo ama, es decir que todo lo soporta y fielmente permanece so-portando a todos y a todo.
- **hermanos entre los hermanos.** Aquellos que no confunden la dignidad con el poderío, ni la separación con el encumbramiento. Por el contrario, renunciando absolutamente al poder, están en el último lugar, siendo hermanos entre los hermanos, porque son siervos en el rostro de los pequeños despojados y maltratados.
- **hermanos por los hermanos.** Aquellos que expresan fuerza pascual de la gracia en su entrega sacrificial por los hermanos, abrazando con gozo toda fragilidad, toda negatividad, toda agresividad, desde la dulzura del que se hace víctima, entregada a fondo perdido "gratis", "en su gracia", "en su sangre". Este "por ellos", hace que el "ante ellos" se convierta en el "para ellos" y "en ellos".

Efectivamente el Señor continua llamando a sus hermanos para que sean los apóstoles de hoy y de mañana, en la novedad inédita del momento de salvación que estamos viviendol Los apóstoles serán por tanto aquellos hermanos, en los que se corporeizará y visibilizará Jesús, el Señor, como Hermano mayor del todos y del todo, para que la iglesia se congregue y se corporeice como familia de hermanos, fraternidad reunida en la unidad y sea así el sacramento universal de salvación, es decir el sacramento de la humanidad y del mundo, "Fermento y alma del mundo, hasta que el mundo entero se convierta en fraternidad". El apóstol, **sacramento del Primogénito**, será la presencia alentadora que ayude a que el Señor reuna a su iglesia, como el **sacramento de la fraternidad**, y la siembre en el mundo, que espera ser liberado y recreado, para ser también **sacramento de la mesa compartida**. De este modo podremos ver con los ojos y palpar con las manos al Señor que partiendo de la mesa hace camino reuniendo la iglesia y transfigurando el mundo, para llegar después a la mesa de la comunión consumada y entregar todo al Padre, en la unidad del Espíritu para alabanza de gloria de su gracia. Los apóstoles, entonces, aparecen como resplandor de su rostro, hermanos menores del Mayor que presencian su paso, dejando que pase su misericordia, su pan, su palabra, sus manos y sus huellas. Como el discípulo amado con su vida y con su muerte señalan al Señor. "*Es el Señor*" (Jn. 21.7). Dejan pasar su presencia, arden y se consumen en su presencia, mientras la fraternidad y el universo se sienten seducidos a correr tras él y a incorporarse a él.

Importa mucho que un puñado de hermanos acojan la llamada y respondan en absoluta obediencia. "La anhelada renovación de toda la iglesia. . . depende, en gran parte, del ministerio de los sacerdotes, animado por el Espíritu de Cristo" (OT. Intr.). "Hoy, son necesarios hombres, que lleguen a la novedad de vida por la comunión en los sufrimientos de Cristo (Fil. 3.10), de los que el Espíritu Santo pueda disponer para la edificación del Reino" (Juan Pablo II. Centenario de Francisco de Asís. 15-8-82). Un puñado de discípulos, provocados por el Señor y seducidos por él, han sido siempre los que han señalado su paso en las grandes encrucijadas de la historia, en las que la humanidad peregrina se dispone a un nuevo éxodo y la iglesia la alienta y la encabeza. El Vaticano II será expresado también por un puñado de apóstoles, que haciendo las veces de Cristo, Cabeza y Pastor reúnan a los hermanos en la fraternidad y los conduzcan por sus huellas en el Espíritu hacia el reino del Padre.

Tal vez, tendrán que hacer un agujero en el muro y salir, pero su salida será la de la obediencia absoluta entre las manos del Señor. "*Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tú palabra. . . Proclama mi alma la grandeza del Señor*". (Lc. 1.38.46). Sólo los pobres del Señor, los hermanos pequeños que lo esperen todo y sólo de él, que existan en sus entrañas y graviten apasionadamente a su pascua, podrán ser los pioneros humildes y alegres de esta nueva andadura de la iglesia, que el mismo Señor encabeza y avanza. Pasemos a sus manos para entregarnos como él, en la obediencia de inmolación para alabanza de gloria. La fidelidad y la creatividad de esta hora son gestos del "amén" que, nosotros decimos, porque antes nos lo ha dicho él a nosotros. La alegría transfigurada será el latido del cántico nuevo. Olvidando lo que queda atrás, corramos hacia adelante, tomados de la mano por aquél que nos adelantó y ahora camina delante de nosotros. El mismo es nuestra llamada y nuestra respuesta (Fil. 3.12-13). El será glorificado en nuestro cuerpo, en vida o en muerte. Por eso la apremiante expectación se torna en nosotros serena, viva e inquebrantable esperanza. Podemos atrevernos a todo con toda osadía. Pues para nosotros vivir es Cristo y una ganancia el morir (Fil. 1.20-21).

**PUBLICACIONES DEL SECRETARIADO  
DE LA COMISION EPISCOPAL DE  
SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES**

---

**PLAN DE FORMACION SACERDOTAL PARA LOS  
SEMINARIOS MAYORES.**

72 páginas. 13,5 x 19 en Rústica 3<sup>e</sup> edición.

**PLAN DE FORMACION SACERDOTAL PARA LOS  
SEMINARIOS MENORES.**

72 páginas. 13,5 x 19 en Rústica 2<sup>a</sup> edición.

**ORIENTACION PARA LA EDUCACION EN EL  
CELIBATO SACERDOTAL.**

88 páginas. 13,5 x 20 en Rústica 2<sup>a</sup> edición.

**LA FORMACION TEOLOGICA DE LOS FUTUROS  
SACERDOTES.**

84 páginas. 14 x 19 en Rústica 2<sup>a</sup> edición.

**ELEGIR EL SACERDOTE QUIERE DECIR CREER EN  
EL AMOR.**

192 páginas. 13 x 19 en Rústica 2<sup>a</sup> edición  
aumentada.

Pedidos

EDITORIAL EDICE

Vía de los Poblados, 15 · Apartado 47.090

Teléfonos: 763 39.82 · 763 40 05

MADRID · 33